

Nicolás Artusi

Busco similar

Busco similar

Busco similar

Nicolás Artusi

Índice de contenido

Artusi, Nicolás
Busco similar / Nicolás Artusi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-6508-81-2
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Publicado bajo el sello Seix Barral®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-631-6508-81-2

A mis amigos de la adultez,
Ariel y Aureliano, leales y cuerdos.

Todo es verdad pero nada es exacto
GEORGES SIMENON

—Anteojos negros, pañuelo negro, capa negra…

A través de todos los años de nuestra amistad, repetimos muchas veces estas palabras: era una amistad de esas que se apoyan en frases hechas y anécdotas repetidas, un corsé que daba soporte a los silencios extendidos o los diálogos insustanciales que terminaban, invariablemente, con el mismo remate. “¡Yo no dije capa negra!”, era la réplica obligatoria, a veces fatigada, pero siempre seguida de una duda convertida en certeza (“ah sí… ¡tenías una capa negra!”). Esas palabras de *Esperando la carroza* se ajustaban perfecto a la narración de nuestro primer encuentro y aunque hay otras frases más famosas de esa película (“yo hago ravioles, ella hace ravioles” o “tres empanadas para dos personas…”), supongo que cada amistad o cada pareja hacen propias las que mejor se ajustan a la narración de sí mismos porque de eso se tratan los auténticos clásicos populares: nos ayudan a contarnos.

Pasó adelante de mí envuelto en un chal negro que usaba como capa. Siempre adelantado (la educación católica me instruyó en la piedad de llegar muy temprano a todas partes, lo cual es una forma, más benigna que otras pero aun así fallida, de impuntualidad), yo esperaba en una esquina de Palermo enfrente de una abadía. Era una de esas tardes nubladísimas de junio en que la noche se anuncia temprano y la hora mágica se evapora rápido; las luces de los departamentos cuelgan en un telón negro con efecto teatral y al melancólico se le empieza a oscurecer el ánimo. Esa esquina era especialmente ruidosa: además de los colectivos y los autos, se estaba construyendo un shopping que explotaba el veranito económico en pleno junio. A mediados de los noventa, cuando yo todavía no había cumplido los veinte años, Miami se nos insinuaba como una tierra prometida y los centros comerciales plantaban palmeras que se congelaban tan al sur de los trópicos. Era de tarde entonces, pero ya era de noche, y yo esperaba parado sobre unos tablones flojos con remaches sueltos, entre el polvo de los ladrillos y el ruido de los taladros. Brrrrrrrrr. Brrrrrrrrr. Miraba la hora, con el vértigo ligero que provoca el primer encuentro con un desconocido, y él pasó adelante de mí envuelto en un chal negro. Mentiría si dijera que no noté su presencia (me propongo aquí mentir todo lo menos que pueda) pero al primer vistazo su estampa me pareció inverosímil: parecía un conde, uno de esos aristócratas lúgubres y atormentados que Vincent Price componía en las películas de terror de los sábados a la tarde. Era alto, bastante más alto que yo, desgarbado y con andar cansino. Estaba vestido íntegramente de negro (“anteojos negros,

pañuelo negro, capa negra…”), envuelto en un chal que tapaba la mitad inferior de su cara no en actitud amenazante sino más bien cómica, como la del actor que parodia a Drácula y esconde detrás de la capa unos colmillos de plástico. Me dije que no podía ser él: según el aviso, tenía veinticinco años pero todo lo suyo emanaba no juventud sino señorío.

—¿Gastón?

Me di vuelta y lo miré a la cara. Era una cara de facciones marcadas, ojos oscuros, nariz recta, labios finos, dientes parejos, mandíbula rectangular y un afeitado prusiano que, aun al ras, nunca extirpaba la grisura de una barba muy espesa y muy negra que a la tarde ya dibujaba una sombra aunque se hubiera podado a la mañana. No era feo, para nada: tenía un tipo de belleza clásica. Podría haber sido la cara de un actor de reparto del viejo cine nacional, uno de esos a los que el talle o el gesto no les daban para protagonista pero que se paraban firmes como amigos del galán.

No me llamo Gastón. Sin embargo, con el repentismo agudizado del que miente, respondí a mi nombre de guerra.

En esos años, aunque no hace tanto, el contacto con los chicos de la banda era dificultoso. Apenas estaba saliendo de la adolescencia y, recién advertido de que no era el único en el mundo, quería conocer a otros como yo. Algunas revistas para adultos tenían un correo de lectores con un servicio epistolar que era un desafío a la ansiedad. El sistema funcionaba así: uno redactaba un anuncio con sus cualidades o intenciones escrito a mano o a máquina y lo enviaba por correo a la revista, que lo publicaba dos meses más tarde; un lector interesado respondía al anuncio enviando una carta a la revista con sus cualidades o intereses propios, consignando el número de aviso al que contestaba; la revista, en una labor de intermediaria kafkiana, reenviaba esa carta a la dirección de uno y entonces se desentendía: “Sigan ustedes”. ¿Cuántos romances o amistades habrán nacido del error de un pasante que confundió las direcciones y puso en contacto a unos que no se buscaban con otros? ¿Cuántas alegrías o tristezas habrán surgido de un fallido? Yo entonces vivía con mi familia y era muy discreto: daba “machito”. Por eso firmaba mis cartas especiales con un nombre falso y había abierto una casilla de correos en una sucursal postal cerca de mi casa, sobre la Avenida de los Incas, lo que volvía todavía más lento todo el proceso: una o dos veces por semana, generalmente a la hora de la siesta, iba hasta allí con una llave provista por el Correo Argentino a pedir la correspondencia enviada a mi casilla, que era literalmente eso, un pequeño locker metálico identificado con un número y cerrado con llave, donde se juntaban algunos sobres con doble estampilla, la del remitente original y la de la revista. En total, pasaron seis meses (parece mentira, ¡medio año!)

desde que yo redacté mi anuncio hasta que recibí la respuesta de Javier, llamémoslo así, en una carta escrita con tinta azul de caligrafía muy apretada que empezaba diciendo "querido Gastón…".

"CC 221 - Joven de 18 años fanático del cine, ir a bailar y salir a correr: busco similar."

Algunos años antes, cuando todavía estaba en el colegio, pesqué de casualidad una película que daban de madrugada en un canal de cine de VCC, el sistema de televisión por cable que teníamos en mi casa. La película se llamaba *Los chicos de la banda* y desde aquella vez, la primera que la vi, me obsesionó. Estaba basada en una obra de teatro que contaba la fallida fiesta de cumpleaños de un gay remilgado, el arquetipo de la "loca mala", y sus amigos en la Nueva York sesentista. La filmaron en 1970 y fue la primera vez que el cine comercial trató el tema de los rituales de la homosexualidad pero los productores no consiguieron que participe ningún actor conocido porque hacer de gay era un suicidio artístico y social. El título se inspiraba en un diálogo de la película *Nace una estrella* en el que James Mason le recriminaba a Judy Garland que "solo estás cantando para ti y para los chicos de la banda". Obligados al secretismo y el código, los gays de los años 50 en los Estados Unidos, y muchos más en todo el mundo a partir de la película de los 70, usaban la expresión "los chicos de la banda" para identificar a otros que eran como ellos. Pero la imagen que la película daba de la homosexualidad era lapidaria porque todos los gays de ese grupo, en una época en que la diversidad sexual no se celebraba con ninguna clase de orgullo, sufrían lo indecible y habrían preferido ser cualquier otra cosa menos eso que eran. La película no era inspiradora para el ánimo de un adolescente impresionable pero yo, nacido y criado en el consumo del melodrama televisivo, me volví loco con la fábula de esos siete amigos encerrados en un departamento durante una tormentosa fiesta de cumpleaños y, aunque todavía estaba muy verde, intuía que había alguna otra manera de vivir que no fuera aquella que postulaba el protagonista de la película:

"El único homosexual feliz es el homosexual muerto".

"CC 168 - Joven de 28, 1,79 y 80 kg., físico normal (tal vez un poco robusto), velludo, tez blanca, pelo castaño y ojos marrones, más pasivo que activo, universitario y fanático del cine nacional, quiere conectarse con chicos de hasta 30 años, no de ambiente gay, superdiscretos y varoniles, preferentemente activos para amistad o algo más. Te busco similar a mí. Fines serios."

Desde la epopeya de *Gilgamesh* hasta acá, la narrativa es nuestra

expresión cultural más antigua y representativa: creemos que actuamos con libre albedrío pero en realidad seguimos un guion que escribimos nosotros mismos (o que nos dictan los padres). Interpretamos el papel de nuestras vidas. Muchas veces observé con ternura a los viejos que en días de sol pleno cargan un paraguas de esos largos que llegan al piso, o a las viejas que se apoyan sobre un changuito de las compras aunque no hayan ido al mercado, para disimular que lo que necesitan es un bastón. Actúan una juventud emancipada o al menos una adultez independiente en las que sus piernas les bastan para sostener el equilibrio. Leo en una revista antigua que el objeto favorito de Borges era su bastón construido en una sola pieza de madera, con mango largo, cosa que permite apoyarse en él con toda la mano: se jactaba de que ese mismo bastón había estado en Islandia, Suecia, Escocia, Inglaterra, Estados Unidos o Canadá y asumía que no se animaba a salir a las calles de Buenos Aires sin él, sobre todo por el estado de las veredas. Ese bastón ubicuo le daba un aire venerable y vulnerable. Ilustres o desconocidos, vamos por la vida intentando dar carácter y profundidad a nuestro papel, mientras seguimos los dictados de un guion inconsciente. Esa tarde de junio muy nublada, aunque no llovía, Javier llevaba un paraguas de esos largos y lo usaba como bastón.

—Hola. No me llamo Gastón. Pero sí, soy yo.

—Hugo del Carril, mucho gusto.

Después de la broma, entonó unos versos de la marchita, me respondió que sí era Javier, yo le dije mi verdadero nombre y mientras hacía cálculos rápidos, porque no se parecía en nada al veinteañero que su carta describía, observé un elemento incongruente en su ajuar oscuro de caballero clásico: una coleta larga, lacia y negra atada con una gomita que marcaba un contraste grande con el jopo frontal peinado a la gomina.

—¿Me mirás el pelo? Ay sí, un desastre. Pero no me lo puedo cortar hasta dentro de unas semanas porque en la muestra de teatro hago de la profesora.

Y entonces, con esa familiaridad súbita que se da entre algunos desconocidos, me agarró del brazo y fuimos a tomar una Coca, la primera de muchísimas: al final de ese encuentro ya podríamos decir que éramos amigos íntimos, dos varones hermanados en una de esas amistades espontáneas y flamígeras en las que no caben la desconfianza ni el deseo. No hizo falta aclarar que ninguno de los dos veía improbable, por no decir imposible, el romance o el revolcón: habría sido como mancillar una relación pura, una amistad de toda la vida que tenía apenas un par de horas, nacida esa misma tarde por la voluntad de dos personas que se sentían solas.

Volví a mirarle la coleta. “¿Tanto esfuerzo por una muestra de teatro?”, pensé y no dije.

Es que Javier se tomaba demasiado en serio sus compromisos artísticos, así los llamaba. Esa tarde se quejó muy teatralmente del sacrificio que era para él dejarse el pelo largo durante medio año, tan comprometido con la composición de su personaje, Ana María Campoy, o directamente La Campoy, una actriz cómica que nunca había perdido el acento ibérico de su España lejana aunque hacía muchísimos años que ya estaba argentinizada. En sus clases de teatro, que se dictaban ahí cerca del lugar donde nos habíamos encontrado, Javier ayudaba a la profesora con sus cursos de comedia inocentona y en la función de mitad de año para mostrar los avances de los alumnos él actuaba de ella, o más bien: la imitaba. Aunque nunca lo vi actuar, supuse que era de esos actores que necesitan el ajuar exacto de su personaje para lograr la mimesis; en este caso, y lo sé porque sí vi fotos de eso, unos zapatos españolísimos de taco cuadrado, un vestido de seda azul cielo, unos anteojos anchos de señora mayor y el pelo largo, lacio y negro que él ataba en una coleta y ella recogía en un rodete. Aunque su personaje favorito (de él) era el actor veterano que luchaba contra el olvido de un público ingrato, personaje que era incongruente con su edad y su inexistente trayectoria artística pero que aun así encarnaba en cada encuentro social, de La Campoy había heredado unos cuantos modismos españoles y una expresión propia de una tía: “Vida mía”, decía como vocativo afectado para dirigirse a otra persona.

—Vida mía, ¡qué hermoso encuentro! Que se repita. ¿Qué te parece si un día de estos vamos a cenar con unos amigos? Te van a encantar.

—Bueno, dale.

—¿Mañana? Sí, ya quedamos para mañana.

—Bueno.

—Soy cómico —me dijo en la despedida.

—Sos gracioso, sí.

—No, no. Cómico de vocación, de oficio. Capocómico. Vas a ver que algún día voy a protagonizar una obra en la calle Corrientes y mi foto va a estar colgada al lado del Obelisco.

En el apuro de aquel primer encuentro, yo confundí adjetivo con sustantivo: para Javier, ser cómico era la sustancia de todas sus cosas.

A la noche siguiente nos reunimos en Corrientes y Cerrito, en diagonal al Obelisco. Lo vi apurarse, con el paso esforzado, por la avenida desde Callao o más allá, desde Pueyrredón, porque vivía en un barrio popular de la zona oeste y bajaba del tren Sarmiento en la

estación de Once. Iba vestido completamente de negro, el rostro envuelto en el mismo chal de la tarde anterior, y recuerdo que volví a observar dos detalles que había notado en nuestro primer encuentro: un potentísimo aroma a loción para después de afeitarse, de esas que marean de tan dulces en el vagón de un tren con las ventanillas clavadas, y una persistente humedad debajo de la nariz, una especie de resuello líquido en el lugar donde debería estar el bigote, que le daba un aspecto de fatiga continua. No llovía, pero tenía el paraguas.

—¡Vida mía! ¿Cómo estás? Te traje un regalo.

Envuelto en un papel de fantasía de los que se compran en las librerías escolares, era el videocasete de *Dios se lo pague*, una película argentina viejísima, con Zully Moreno y Arturo de Córdova, un melodrama de mendigos que esconden secretos millonarios y de personas con las identidades falseadas.

—Gracias, pero no hacía falta, yo no te traje nada…

—Claro que sí, vida mía. Toda la educación que necesitás está en el viejo cine argentino.

Y mientras caminábamos una cuadra, hasta la calle Libertad, recitó para mí un monólogo inventado, a voz viva y en falsete, que lo pintaba de cuerpo entero:

—En 1938 me tocó hacer el papel de un jefe de estación, justo yo que de jefe nunca tuve nada. Espero que disfrutes de esta película, que en realidad es una pintura costumbrista rayando lo grotesco…

Llegamos. Cuatro toldos de color bordó y otras tantas cortinas de tela blanca ocultaban a los peatones lo que sucedía adentro de Edelweiss, el restaurante al que iban los famosos después de las funciones de teatro. Yo nunca había estado. Javier abrió la puerta, me dejó pasar primero, saludó al jefe de sala con la familiaridad del habitué y me condujo derechito al fondo, donde una gran mesa redonda guardaba dos lugares vacíos. De las columnas revestidas con boiseries de madera oscura colgaban macetas de plástico con helechos exuberantes a pesar de lo oscuro del salón, apenas iluminado con luces de tubo; los vidrios estaban transpirados por el agobio de tanta gente y en la pared la ornamenta embalsamada de un ciervo sugería que la especialidad eran las carnes de caza, aunque todo el mundo pedía guisos, pastas o milanesas. Las mesas tenían manteles blancos de tela, a juego con las servilletas también de tela blanca, y las patas de las sillas Thonet rechinaban sobre el piso cerámico, sumando chirridos al runrún de los clientes que se levantaban cada dos minutos para celebrar con un abrazo el ingreso de un conocido. En la mesa del fondo nos esperaban un cómico famoso por sus comentarios sarcásticos sobre la actualidad política, un viejo representante de artistas del que se decía que en realidad trabajaba como gestor de chicos de alquiler (de eso me enteré después), dos chongos con bíceps

hipertrofiados, lo sé porque usaban camisas sin mangas y no pude aguantarme a observarlos, que no participaron de la conversación general (solo comieron) y un artista obeso que presidía como Calígula el banquete: un ángel de doscientos kilos. Envolvía su cuello de toro con una chalina bordada con purpurinas, ocultaba la pelada bajo un sombrero tanguero de compadrito, aunque dos matas alambradas de pelo gris salían por abajo del gorro, y la panza gigante balconeaba sobre la entrepierna. No bien verme, me hizo una seña para que me acerque y me pare al lado suyo. Con la mano rechoncha agarró y calculó tamaño y peso de lo que se presentaba a la altura de sus ojos.

—¿Es tu cumpleaños, nene? ¿Ah, no? ¿Y este paquete?

Un ecuador invisible dividió la mesa en dos hemisferios: en uno, Javier se acopló a la conversación de los mayores, él mismo asimilado a la charla como un capocómico veterano que repasa viejos éxitos y que habla de películas clásicas como si hubiera actuado en ellas y del público como si le debiera algo; en otro, los chongos y yo, unidos en una comunión muda interrumpida apenas por los sonidos de la deglución, discretos en los motivos respectivos que nos llevaron allí y prisioneros del calor: comimos mondongo.

Después de esa noche juré que nunca más sería sobrino de nadie. Ya había sido sobrino de alguien unos años antes, cuanto tenía dieciséis, y dejaba que un señor grande que había conocido en un boliche me llevara en auto hasta casa y me tocara la rodilla, hasta ahí, mientras me prometía trabajos imposibles; el señor estaba casado y tenía tres hijos chicos en edad de primaria; una vez me llevó a la exposición rural de paseo con los pibes y me presentó como “un sobrino” aunque la cara de recelo de los tres lo delató: se ve que era usual que les presentaran primos fugaces que desaparecían tan repentinamente como habían llegado. Escuché por primera vez el cuento del sobrino por esa misma época, la de Javier, en boca de uno de sus conocidos. Contaba que cierta vez, cuando el diario *La Nación* tenía sus oficinas en la calle Florida, el escritor Manuel Mujica Láinez se cruzó en la peatonal con un redactor venerable que estaba empeñado en disimular lo suyo y que justo esa tarde iba acompañado por un muchacho joven muy bien formado. Cuando Mujica Láinez lo saludó, el redactor, evidentemente turbado, presentó al joven como su sobrino y el escritor, con la lengua filosa, respondió: “Sí, lo conozco, el joven fue sobrino mío el año pasado”.

La frase para describir a un gay masculino, o muy tapado, era: “Es un chico onda nada que ver”.

Decenas de comidas hubo como aquella. Javier se integraba como

un igual en las mesas de los famosos y se asumía como actor aunque no lo vi participar de ninguna obra, película o telenovela ni entonces ni después: toda su trayectoria artística parecía remontarse a un pasado imposible, el de la época de oro del cine argentino, cuando Javier ni siquiera era un proyecto para sus padres. Pero le gustaba hablar como si fuera una vieja estrella de Argentina Sono Film o de los estudios Pampa, a veces con el tono afectado por el olvido de los admiradores ingratos ("estoy más sola que Zully Moreno", decía) y otras con la voz cascada de un tanguero varonil ("Hugo del Carril, mucho gusto"). Todo lo juvenil le resultaba ajeno.

La rutina era invariable. Por esa época yo empezaba a escribir algunas cosas en un diario grande y a la salida, varios días a la semana pero especialmente los jueves y los viernes, quedaba con él en la puerta de algún teatro del centro, siempre de los más concurridos y comerciales, donde se mezclaba con los cazadores de autógrafos que esperaban a los artistas después de las obras. Alto y vestido de negro, peinado a la gomina con jopo y sin coleta (se la cortó unas semanas después de nuestro primer encuentro), a veces con una cámara de fotos de rollo o una carterita sobaquera de cuero, lo veía desde la esquina. Pero él no era un fan anónimo. Conocía a los actores y las actrices, a casi todos pero especialmente a los más veteranos, a los que ayudaba a bajar las escaleras o abrigarse en una noche destemplada. Él les hacía una seña desde la vereda, se abría paso, me arrastraba y me presentaba:

—Este es mi querido filipipón, mi mejor amigo.

Otras veces me decía "distinguidísimo muchacho" y pedía que lo llame doctor Pueyrredón Arenales, el apellido de un personaje popular de la radio que imitaba a los señores con clase y que había adoptado como apellido esas dos calles del Barrio Norte. Después de los saludos formales, inmediatamente era parte de un grupo insólito, Javier, algún actor famoso, un secretario, un asistente o un fan elegido y yo, y todos juntos íbamos a comer a un restaurante del centro, Edelweiss muchas veces pero también a Pippo, Chiquilín, Los años locos o Los Inmortales, donde la conversación era picante en infidencias de propios y ajenos y él, un Pedrito Rico de la zona oeste, terminaba con una servilleta puesta como pañoleta cantando coplas españolas a cualquier hora.

Así era siempre. Y si por algún compromiso, cansancio o falta de ganas, porque esos encuentros eran muy exigentes en materia de roce social y charla afilada, yo no iba a la cena, al día siguiente recibía el reporte exhaustivo de Javier, que me llamaba por teléfono y me enumeraba la lista de presentes:

—Estuvimos la Pinti —de algunos hombres hablaba en femenino, sin criterio u orden específicos—, Juanito, el gordo Bergara, otros

chicos que no me acuerdo y también Luis Sandrini, Florencio Parravicini, Enrique Santos Discépolo, Luis César Amadori, Tito Lusiardo, Enrique Muiño, Elías Alippi, Ángel Magaña, Pedro Quartucci, Enrique Serrano y Castrito, entre otros.

Un disparate. Mezclaba los vivos con los muertos, en un aquelarre de glorias recordadas y estrellas caídas en el olvido que a mí me hacía morir de risa. Esos eran sus ídolos. Los míos eran otros. Gracias a él, yo, todavía azuzado por los mandatos de la juventud (como casi cualquiera de mi edad, me exigía estar al día de los cantantes y los actores de moda), descubrí un mundo en gris de teléfonos blancos, mansiones marmoladas, diálogos impostados y dramas morales, todo lo que cabía en los videocasetes que semanalmente me regalaba como dote para mi formación cultural.

"CC 77 - Te confieso mi máximo deseo: encontrar un hombre de 50 a 80, 100% virgen analmente, pasivo o si no deseando secretamente iniciarse, conocer 'ese otro' placer. Bienvenidos ya iniciados (tiene sus atractivos). Si posee buen nivel cultural, mucho mejor. Pretendo excelente y placentera relación humana. Solo excluyo droga y violencia. Soy bisex activo, de 54, con experiencia específica, respetuoso, afectuoso, paciente, de sexualidad larga duración. Bienvenidos del interior."

Fuimos a ver la película *El jorobado de Notre Dame* el primer sábado después de su estreno al cine Metro de la calle Cerrito, casi llegando a la avenida Corrientes (ese cine no existe más o, por lo menos, ya no es un cine). A la salida, nos prometimos conocer París juntos algún día y él, que encontró el dibujito animado de Quasimodo idéntico al hijo de su profesora de teatro, se puso tan contento que cruzó Cerrito corriendo entre los autos, hizo un bollo con el chal negro y lo colocó debajo del saco para simular una joroba, guiñó un ojo, sacó la lengua, se colgó de las rejas que rodean el Obelisco y se puso a cantar en falsete "¡afueraaa… vivir con el sol… solo un día afueraaa…!".

Una noche fuimos a Bunker, una discoteca de la calle Anchorena que tampoco existe (hoy: edificio y estacionamiento). Hicimos la cola y una vez adentro lo perdí de vista. No me hice mayor problema: fue la oportunidad para conocer a un gendarme que ese sábado estaba de franco (había ido al boliche con la tricota verde oliva y las botas reglamentarias del uniforme) y cuando él se ofreció a llevarme en su camioneta hasta la parada, busqué a Javier para despedirme. Tardé mucho pero finalmente lo encontré detrás de unas cortinas de terciopelo, en un túnel oscurísimo que había al fondo, mientras jugaba

que se llevaba un micrófono a la boca y hacía la mímica de una canción de Lola Flores.

En esos momentos yo era muy autoconsciente: sabía que estábamos creando los recuerdos del futuro y me esforzaba por memorizarlos.

La mano derecha de la avenida Santa Fe era la del yire, en la época en que Santa Fe era de una sola mano.

La mano de los colectivos pero, más que nada: de los taxis. Era un festival de chonguitos esperando, en las paradas del 12 o del 39, colectivos que siempre dejaban ir aunque vinieran vacíos. Solos, de a dos, de a tres o de a cuatro, hacían tiempo y relojeaban a los conductores de los autos que circulaban despacito por la mano derecha, evaluando el material en exhibición. La contraseña se daba en la ventanilla del lado de la vereda. Cuando el conductor bajaba el vidrio, el chongo se acercaba y sonreía (era obsesión del cliente evaluar a simple vista el estado de la dentadura del *boy*: una pieza faltante era tolerable pero un sembradío de ajos podridos daba el indicio de males mayores) y se negociaba una tarifa. Era divertido de ver, aunque también algo patético, el cortejo coreografiado y mil veces repetido, en réplica carnal de la antigua ley de la oferta y la demanda en la que el cliente simulaba desinterés aunque estuviera desesperado por adquirir el producto y el chongo ostentaba lo que ofrecía, un andar varonil de piernas arqueadas y acomodo del paquete, preocupado por hacer ver aquello que lo distinguía del maricón: “Onda nada que ver”.

Además de los taxis, que también paraban sobre la calle Marcelo T. De Alvear, la avenida Santa Fe era el único lugar de encuentro de una ciudad que no se declaraba *friendly*, una vía de iniciación para el que tuviera curiosidad, una vidriera para mirar a los raros, la oportunidad de conocer a otros como uno.

Me bajaba del colectivo en plaza Italia, veinte cuadras antes del quilombo, pero prefería la discreción porque me daba calor que me vieran caer como un dormido en medio del puterío. Caminaba por Santa Fe hacia el lado del centro y unas cuadras antes de llegar a Pueyrredón me encontraba con Javier, que venía desde el Once: yo daba, literalmente, mis primeros pasos en esa calle legendaria y él, con todo su señorío, actuaba de guía. ¡Eso sí que era fantástico! Decenas, qué digo decenas, cientos o incluso miles de putos parados en las esquinas de Santa Fe y Anchorena, donde cambiaba el semáforo y se detenían los autos; Laprida, donde estaba el cine porno (sigue estando); Ecuador, donde el banco municipal ofrecía sus escalones para echarse a tomar una cerveza; y la avenida Pueyrredón misma,

donde estaba la confitería El Olmo, un infierno luminoso de lámparas dicroicas y plantas de plástico en el que los mayores invitaban a los menores un fernet con cola o un daiquiri. La joda seguía hacia Larrea, Azcuénaga y después casi hasta Callao y algunas parejitas recién formadas se tomaban en Riobamba el 12 o el 39 mano a Constitución hacia la calle Carlos Calvo, donde estaba el único telo que dejaba entrar a parejas de hombres: lo atendía un encargado morocho y retacón que golpeaba las puertas de las habitaciones unos minutos antes de acabar el turno y a veces ofrecía a los huéspedes una hora de yapa si lo dejaban sumarse a la tertulia.

En esas cuadras de la avenida Santa Fe había todo tipo de transacciones, comerciales o románticas: se negociaban la oferta de sexo por horas y de tarjetas con descuento para entrar en los boliches y se consagraban los romances pasajeros, de una noche, un turno o incluso menos, nacidos bajo la luz tibia de las lámparas de la calle que entonces eran ambarinas y no blancas como ahora. Cualquiera que fuera curioso yiraba por la mano derecha al menos una vez durante su vida social de entendido, en convivencia forzada pero aun así armónica con los vecinos del Barrio Norte, que caminaban por la mano izquierda para no mezclarse con el puterío, en esas noches que volvían tarde a sus casas o iban a las últimas funciones de los cines Capitol, América o Gran Splendid. Salir con Javier por ahí era hilarante si yo resignaba el sentido del ridículo. Usaba el chal negro alternativamente como pollerón para imitar a La Campoy o como capa draculiana para esconderse y asustar a los tarjeteros de los boliches, ellos siempre de musculosa o remerita para lucir los músculos exigidos en el gimnasio durante la semana y les gritaba:

—¡Te vas a enfriar, nena!

La memoria fotográfica no llega tan lejos. Este texto es un trabajo periodístico y me ciño a una fuente. No tengo imágenes de esas noches por la avenida Santa Fe porque nadie salía con una cámara encima y hoy vuelvo a ver la película *Happy Together*, que el hongkonés Wong Kar-wai rodó allí mismo en aquellos años para contar la historia del amor tortuoso entre Lai Yiu-Kai y Ho Po-Wing, dos orientales que viajan desde Hong Kong hasta la Argentina para empezar de cero una nueva vida, todo teñido por el filtro del recuerdo. Son algunos segundos de película nomás, pero destraban memorias insignificantes: me acuerdo del buzón de correos pintado de azul y amarillo, de los refugios de colectivos del dorado oxímoron (brillante-opaco), del tótem gris con el teléfono público de Telecom donde los tarjeteros dejaban pilas de invitaciones con descuento para entrar a los boliches ("no incluye consumición, no se aceptan fotocopias") y del kiosco de diarios donde una noche dos pibes me asaltaron (un pelirrojo con cara

de gringo me vio lloroso, se apiadó y me dio veinte pesos para que vuelva a mi casa en taxi; también me dejó su número e hizo prometerle que lo llamaría, no tanto para devolverle el dinero sino para tomar algo: prometí, claro, pero nunca lo llamé). También se me aparecen algunas caras familiares de esa época porque eran, éramos, casi siempre los mismos, uno al que le decían Toro mecánico, porque volteaba un tipo atrás de otro, y al que llamaban La Alacrán: se defendía con la cola.

Avisos comerciales de una revista gay que guardo de esa época:

“Vivir en pareja es posible. Animémonos a probar una alternativa seria y diferente. Un hombre con tus mismos sueños podría estar esperándote. Psicología en vínculos, entrevista sin cargo.”

“Barrio cerrado El Castro. Cerco perimetral. Privacidad y exclusividad. Tortuguitas. Solo 6 lotes. ¡Único en su estilo!”

“Consultora seleccionará para importante empresa de servicios gay-lésbica en Argentina profesionales de todas las especialidades y oficios (matriculados) para todos los rubros.”

“Internet: vení a chatear, a chequear tu correo, a buscar información, etc. Nadie se va a espantar por lo que aparezca en la pantalla.”

“Acompañamiento femenino para eventos sociales. Exclusivo para chicos gay (sic). Reuniones familiares o sociales, absoluta reserva.”

Paki: apócope de paquidermo. Animal lento, torpe, pesado y de piel dura que representa el modo en el que se percibe a las personas heterosexuales. Sinónimo de hetero.

“Los chicos más lindos de Buenos Aires”, decían, estaban en Bunker, la discoteca de la calle Anchorena. “Fecha de comienzo de actividades: 5 de agosto de 1988”, leo en un ticket-consumición que todavía conservo, con la esquinita mordida por los dedos del barman (la prueba inequívoca de que tomé la cerveza). Para mediados de los 90, Bunker era un lugar sagrado (“el templo”, le decían los habitués), el primer boliche gay con gran pista de baile, lindas luces, buen sonido, nada que ver con los tugurios en los sótanos espejados adonde iban los penúltimos homosexuales en los 80, como por ejemplo, Experiment, Line o Contramano, la discoteca de la calle Rodríguez

Peña que estaba abierta desde el regreso de la democracia y la primera disco gay a la que fui: me llevó Jonathan, el primo de una amiga del colegio, como un bautismo o un conjuro para la noche entre hombres mayores; casi me comen crudo. En Bunker reinaba la monarquía de los lindos: el periodista de ojazos claros que saludaba con un beso a los desconocidos, el artista excéntrico al que una noche le sacaron la peluca platinada o el hijo de un potentado chocolatero, torneado antes de los esteroides, siempre buscando un lugarcito en el escenario.

Ahí vi a Moria Casán, que hizo una rutina de comedia basada en su personaje Rita Turdero (chiribí-chiribí, era la muletilla que remataba los chistes de su personaje "la pantera de Mataderos") pero no vi a la mismísima Gloria Gaynor cuando hizo playback sobre la pista de su éxito mayor, el himno gay definitivo: *I Will Survive*. Así era Bunker. Estaba a un mundo de distancia de Sky Ranch o El Cielo, las discotecas paki de la costanera a las que iban los hijos del presidente y los famosos que los rodeaban, varones de larguísimo pelo lacio y mujeres de jopos engominados, pero también de otros boliches gays como Enigma, un sótano en el microcentro de paredes eternamente húmedas al que se bajaba por una escalerita que en el apuro o la fatalidad era una trampa mortal, o Angel's, la discoteca proletaria. Sobre la calle Viamonte, también era un sótano pero más espacioso, frecuentado por porteros de edificios y peluqueros de barrio. ¡Qué liberador el boliche sin ambiciones ni posturas! Angel's estaba únicamente consagrado al ardor del baile estilo americano, la pierna de uno encajada en la entrepierna del otro, al ritmo de lo que se bailaba, la lambada o las canciones de Locomía, importadas desde la península ibérica donde Ibiza se insinuaba como el destino soñado de la primera generación que podía viajar para ir a discotecas. Las narices respingadas de Bunker eran crueles con los habitués de Angel's porque decían que había olor a fiambre y que era el regreso de los muertos vivos: quedaba justo enfrente de la morgue.

La pista, las luces, el sonido. Todo muy lindo, sí. Pero el gran hallazgo fue el túnel de Bunker. Es curioso: estoy seguro de que estaba escondido al fondo, detrás del escenario; pero algunos amigos dicen que no, que estaba al costado a la izquierda, detrás de las cortinas de terciopelo. No hay material documental que nos saque de la duda y se entiende: el túnel era secreto. Sin lámparas ni rendijas, absolutamente a oscuras y con el bumbúm de la música electrónica amortiguado por las cortinas, era un pasillo donde la vista se anulaba y el aventurado entraba a riesgo propio, un océano de manos, pijas y culos anónimos, dispuestos y sudados, revueltos en un tifón de cuerpos ajenos de los que el olfato distinguía el potentísimo aroma del perfume Fahrenheit y

el tacto, el raspor de un pecho afeitado o el espesor de unas nalgas peludas. En el túnel, los clientes de Bunker se besaban, se frotaban, se tocaban, se metían, se sacaban. Era un polo magnético que se activaba en algún momento de la noche, el minuto en el que alguno con vocación de clarín anunciaba a sus amigos y echaba a correr el dato: "¡Ya abrió el túnel!". Todo estaba fundido a negro pero después de un rato largo la vista se aguzaba y uno podía distinguir a gatas las facciones de un amigo o conocido, como aquella vez que lo vi a Javier imitando a Lola Flores, pero no alcanzaba para determinar si el extraño era lindo o feo. El túnel era un lugar para entrar con coraje y alcohol y aunque, en una evidente paradoja, la regla del lugar era que no tenía reglas, me animaría a decir que la única regla implícita de todos los que entraban era la desmemoria: a la salida, si te he visto (u olido o tocado o chupado) no me acuerdo. Será tal vez por eso que no encuentro consenso sobre su ubicación adentro de Bunker: era el otro lado del espejo de Alicia, una tierra de Oz hacia la que conducía un camino dorado pero que al volver nadie recordaba adónde quedaba ni qué había sucedido.

Ahí pasaban sus noches de viernes y sábados los chicos más lindos de Buenos Aires. Algunos trabajaban como tarjeteros en la esquina de Santa Fe y Pueyrredón, a pocas cuadras nomás de Bunker, adonde íbamos a pedir entradas con descuento (de 8 a 5 pesos) y a fichar desde temprano, anhelando en secreto que hubiera fiesta de la espuma y que ellos terminaran con la remera impregnada en detergente y la voluntad de seguir bailando en cueros. Una noche se hizo la Jamaica Party y la invitación indicaba "rigurosas bermudas" por lo cual aquellos con complejo de patitas de tero se quedaron en su casa. Otra vez cruzaron una red de vóley por la mitad de la pista y se armó un partido con una pelota inflable gigante, una oportunidad que los dotados para el deporte aprovecharon para lucirse ante una platea admirada (al gay promedio siempre se le dieron mal los juegos con pelota: les da miedo).

Era un despelote de facha. Al decir de Marcela, mi amiga del colegio que me acompañó una noche, mientras hacíamos la fila sobre la calle Anchorena y se deslumbró con el desfile de pibes lindos:

—¡Qué desperdicio!

"CC 196 - Hola, soy Seba, vivo en Córdoba, tengo 23 años, soy estudiante universitario, de 1,77 y 79 kg. Tengo poca experiencia y me gustaría encontrar un hombre no mayor de 27, serio y con buena onda para relación estable. Debe ser sano, no afeminado ni drogadicto ni del ambiente. Me gustan de ojos claros y si son rubios, mejor."

En su "Réquiem para el mundo paralelo" incluido en el libro *Los*

últimos homosexuales, el sociólogo Ernesto Meccia define así a los que vivieron en la ciudad de Buenos Aires o sus alrededores desde la reapertura democrática de 1983 y el par de décadas que siguieron: "Escribo 'homosexuales' porque las generaciones posteriores tuvieron a mano la palabra 'gay' para nombrarse, y 'últimos' porque, a diferencia de las generaciones anteriores y posteriores, han vivido tanto la era de la homosexualidad clandestina como la era gay caracterizada por algún grado de reconocimiento social". Me consta que muchos de esos últimos homosexuales, todos amigos mayores que yo con los que tuve algún vínculo de docencia y aprendizaje en las cuestiones de la vida, extrañan con melancolía esos tiempos de secretismo y códigos ("un extenso mundo de recuerdos irrecuperables", dice Meccia). Mi amigo Horacio, por ejemplo, extraña de esos tiempos las contraseñas del levante callejero, una mirada cruzada que se demoraba un segundo más de lo usual, una ojeadita por encima del hombro, el interés repentino por lo que mostraba una vidriera que obligaba a frenar el paso, la espera anhelante y el rostro ajeno que se reflejaba en el vidrio: listo. Mi amigo Marcos, antiguo habitué de las teteras, extraña los baños mugrientos de las estaciones, pero también de algunas pizzerías o reparticiones públicas, donde a cierta hora de la mañana o la tarde, siempre en horarios de oficina, la demora frente a un mingitorio no delataba los problemas de micción de una próstata demorada sino la invitación a pasar a un cubículo: listo. Mi amigo Luis María, eterno provocador de familias de alcurnia, extraña el riesgo de entrar a los bares "de hombres para hombres" en vigencia de los edictos policiales y las noches que terminaba en una comisaría de Recoleta donde la charla de ocasión con el oficial de guardia concluía invariablemente en la celdita del fondo: listo.

En este sentido, Javier fue un adelantado: tenía una nostalgia prematura, ajena a su juventud y aun por lo que no había vivido, y sufría la desaparición del cosmos que lo contenía.

"CC 196 - Caballero mayor se brinda (con afecto pero sin penetración) a flaquito lindo, varonil, 23 añitos, intimidado por discapacidad, poco pene, mucho vello, impotencia o pánico virginal. Lugar a convenir."

Una noche Javier me citó más temprano de lo acostumbrado para ver una obra en el teatro Broadway de la avenida Corrientes. Llegué antes que él, mucho antes como era mi mala costumbre, y mientras lo esperaba, lo cual no era raro porque él venía en tren desde lejos, vi que los acomodadores daban sala, que el público se acomodaba en las butacas, que las puertas se cerraban… Llegó tarde pero no tanto como

para perdernos el comienzo del espectáculo que ya ni me acuerdo cuál era, con la respiración agitada y esa humedad persistente sobre el bigote bien afeitado. Las boleterías ya habían cerrado; entonces tuvo que pedir a un empleado del teatro que le consiga las entradas de cortesía que el actor protagónico había dejado a su nombre.

—¿A nombre de quién? —preguntó el empleado.

—Javier Ricaud.

El empleado encontró el sobre con las dos entradas pero, desconfiado del tono señorial de aquel varón oscuro de paraguas hasta el piso, le pidió el documento para certificar su identidad. Muy digno aun en el bochorno, con esa actitud ofendida que los culpables siempre exageran, se lo dio de mala gana y el empleado y yo comprobamos que en realidad tenía otro apellido, lo cual no supuso una sorpresa demasiado grande para él (el empleado) pero sí para mí, que estaba informado de la herencia vagamente francesa de ese apellido desde hacía varios meses.

—El del documento es el apellido de mi padre, pero por razones familiares uso el de mi madre —explicó con la altanería de un parisino auténtico confundido con un napolitano.

Me acuerdo de una noche en que Javier y yo estábamos en el teatro El Nacional. Esperábamos en el entrepiso que terminara el intervalo de una comedia musical para volver a entrar al gallinero y en eso vimos que Alejandro Romay, que era el dueño del teatro, subía corriendo las escaleras con tal mal paso que tropezó con el borde de una alfombra y cayó de rodillas sobre los escalones. El murmullo se interrumpió y el mundo se puso en pausa pero nadie se animó a acercarse a ayudarlo. Se levantó al instante, se alisó el saco y siguió subiendo, pero lo hizo con paso lento. Javier gritó: "¡Y olé!".

"CC 229 - Enfermero jubilado a domicilio. Fantasías hospitalarias a pactar (sin onda sado). Únicamente masculinos, flacos, sanos con material descartable, hasta 26 años."

—En diez años voy a estar más solo que Adán en el Día de la Madre —me dijo una noche Javier mientras comíamos pizza—. Todos mis amigos van a estar muertos… ¡si son unos vejestorios!

Y nos reímos.

El imperativo de la alegría era muy importante para mí. Y digo alegría, más que felicidad, porque la alegría parece algo que uno puede lograr con un poco de voluntad mientras que la felicidad suena difícil o inasible de tan gigantesca.

Un episodio familiar me decidió por la búsqueda de la alegría. Yo tendría unos catorce años, esa edad con la viveza suficiente como para notar ciertas cosas pero la lucidez inmadura que aún no alcanza a entenderlas en su momento. Habíamos ido a visitar a mis tíos: muy católicos y conservadores, tenían ideas estrictas sobre aquello que estaba bien y que estaba mal pero eran, como casi todos los piadosos, muy discretos al abrir juicio sobre los demás. En la casa de mis tíos no eran usuales los chismes ni los comentarios maliciosos ni había más lecturas que los diarios del domingo, los libros serios y las revistas de caza y pesca. Por eso me sorprendió esa tarde de domingo, en la languidez de una sobremesa que se alargaba, el comentario de mi tío Abel. Estábamos todos alrededor de la mesa del comedor diario y él hojeaba una revista *Gente* en la que los actores de una telecomedia muy popular habían posado para las fotos caracterizados como Los Picapiedras. Cuando llegó a esa doble página, mi tío Abel se detuvo por unos segundos, se ajustó los anteojos que le resbalaban por el puente de la nariz, señaló con el índice al actor que aparecía disfrazado de Pablo Mármol y dijo:

—Qué marica triste.

A esa edad, en la que empezaban a insinuarse sentimientos varoniles que me inquietaban, yo tenía una especie de radar que detectaba cualquier referencia al pecado nefando, como nos decía el padre Boris en el colegio, igual a la habilidad de los perros que duermen la siesta pero cuando pescan una palabra clave en mitad de la conversación que hasta ese momento solo era ruido blanco (puede ser "premio" o "pasear") levantan una oreja alerta. Aunque el comentario se perdió en el murmullo de una charla dominguera y pasó inadvertido para todos mis familiares, para mí tuvo el estruendo de una bomba que explotaba bajo la mesa del comedor diario de la casa del tío Abel: me sorprendía que él, un hombre parco y austero, siempre discreto para hablar de propios y extraños, dijera tal cosa de alguien y me preguntaba por qué algo tan inocentón como un disfraz de Picapiedras podría enjundiar a un actor muy conocido, entre otras cosas, por sus atributos de galancito y la cantidad de novias con las que posaba periódicamente en las páginas de esa misma revista.

La historia tiene una elipsis. Algunos años más tarde, cuando esos sentimientos ya no eran insinuaciones sino necesidades que se develaban urgentes, conocí a un chico un poco mayor que yo con el que tuve mi primer amorío. Nos escribimos a través del correo de la misma revista para adultos en el que conocí a Javier: él se llamaba Lucas y con el pelo lacio hasta la mitad de la espalda, los pantalones ajustados, la camisa leñadora con las mangas recortadas a la altura de los hombros y una pose de machito rockero, era una fotocopia bonaerense de un Axl Rose calcado de su mejor época. Uno de los

orgullos de Lucas era la nómina de chicos con los que se había acostado y que habían acariciado ese hermoso pelo lacio rubio-rojizo; entre ellos, algunos famosos: un integrante del elenco del programa *Jugate conmigo* y un actor muy conocido por sus atributos de galancito que alguna vez había posado vestido de Pablo Mármol en la revista *Gente*. Me acuerdo del salto que di cuando Lucas me lo contó y entonces me hice una pregunta y un juramento: cómo supo el tío Abel que ese actor era marica y yo, que podía ser o no ser marica porque todavía no estaba seguro, me prometí que nunca, sea lo que fuere, iba a ser un marica triste.

"Muy probablemente la alegría sea condición para la vida." Henry David Thoreau.

Cuando le conté a Javier la historia del galancito disfrazado de Picapiedras, hizo un gestito de suficiencia ("pfffff") dándome a entender que él ya lo sabía y, como si también supiera de buena fuente o por comprobación directa, dijo lo que decía cuando era justo y necesario destacar algo de la anatomía masculina:

—¡Y encima tiene una tararira!

Durante esos meses, y después durante los años que siguieron, estuve intrigado por el apellido cambiado de Javier, por su amistad cercana con los actores veteranos, por su conocimiento enciclopédico de tantas películas, tangos y operetas y por el limbo temporal en el que vivía: parecía haber sido frizado en los cincuenta y descongelado cuarenta años más tarde. En las noches afiebradas por mis primeras borracheras fuertes llegué a pensar que Javier era un viajero del tiempo o que era el producto de mi imaginación, la de alguien que recién se lanzaba a la vida adulta y se sentía solo, pero la idea se me iba con la curda. En la sobriedad volvía a intentar averiguar algo aunque todos mis esfuerzos por obtener de él datos biográficos certeros eran esquivados. ¿A qué colegio había ido? ¿Con quién vivía? ¿Cómo se mantenía?

—Vida mía, ¡qué hinchacocos! —exageraba ante cada pregunta con el hastío exagerado de una tía andaluza.

La nuestra era una hermandad íntima porque él sabía de mis éxitos y fracasos, de mis amores e indiferencias. Yo sabía de él su personaje público, el de un caballero antiguo muy afectado que usaba anteojos negros, pañuelo negro, capa negra…

Hasta que un día, tras muchísimo insistirle y hasta rogarle, me invitó a su casa.

Tengo miedo, por eso escribo. Miedo de olvidar cosas. Personas.

Bajé en una de las últimas estaciones de la línea de tren Sarmiento, la que va al oeste. Llevaba una gorrita con visera dada vuelta y un suéter liviano con delgadas rayas horizontales blancas y negras, lo cual me daba el aspecto de un gondolero famélico o un Picasso adolescente, pero no desentonaba con el resto de los pasajeros. Me preocupaba no parecer forastero. Era mi primer viaje en tren a la provincia porque hasta entonces era raro que saliera de la Capital, a no ser para ir a Mar del Plata.

Javier me había esperado en la estación; alto y de porte digno, pero siempre con aspecto de fatiga, ya lo vi desde el vagón cuando empezaba a acercarse al andén. Una novedad: no estaba vestido de negro.

—¡Bienvenido, distinguidísimo muchacho! ¿Cómo viajóoooo? —preguntó, estirando la o final y usando el usted paródico que reservaba para las bromas con amigos íntimos o para el cortejo con aquellos a los que intuía con posibilidad de levante.

—¡Bien! Es lejos pero se me pasó rápido.

—Venga, sígame. Vamos caminando hasta palacio.

Era un sábado a la tarde grisáceo y el barrio, un típico barrio de provincia con una avenida comercial principal y calles de casas bajas que van menguando de asfalto a medida que se alejan de la estación, estaba bastante vacío: los vecinos dormían la siesta. Anduvimos unos veinte minutos y llegamos.

La casa tenía un jardincito raleado adelante y a los costados, separado de la vereda por una pared de un metro de altura y una puertita de hierro, de esas que chirrían, con pasador y goznes oxidados. Un camino de losas cruzaba el jardín y llevaba hasta la casa de una sola planta con algunos lamparones en el revoque. Atrás del volumen principal se veía un patio con piso de cemento y más atrás todavía, una pieza separada del resto. Ahí vivía Javier. Él abrió la puertita de hierro (chirrió), me invitó a pasar, yo pasé, él me siguió, yo esperé, él se adelantó, yo lo seguí, cruzamos juntos el jardín, rodeamos la casa por el costado derecho para ir directamente al fondo y entonces apareció una mujer con guantes de goma y un repasador en la mano.

—Javi, ¿ya volviste?

—Sí, mamá.

—¿Y trajiste a tu amigo? Hola, encantada, soy Graciela, la mamá de Javier.

También alta y delgada, con una melena de pelo negro y la elegancia decente de una mujer simple, la madre tenía el porte del hijo pero nada de su fatiga: transmitía vigor, con esa clase de positivismo enérgico que tienen las maestras, las enfermeras o las azafatas (ella era maestra). Graciela estaba secando los platos cuando

llegamos: nos había preparado unas galletitas caseras que acababan de salir del horno y el encuentro, que tenía el tono equívoco de esas comedias de enredos donde algunos personajes están muy cómodos y otros muy incómodos, a mí me divirtió pero noté que Javier quería que la charla termine rápido y se impacientaba en sus ganas de seguir camino hacia el fondo.

—¡Guido, vení a conocer al amigo de tu hermano!

—Hola… —dijo Guido cuando salió de la casa, con la abulia adormilada de un pibe de diez u once años que todavía no sabe bien cómo comportarse entre adultos.

—Saludá bien, Guido. A este chico solo le importa el fútbol.

Los tres vivían juntos en esa casa modesta y limpia, idéntica a tantas otras casas de laburantes de provincia, con felpudo de alambre adelante de la puerta y cortinas de tela desteñidas por el sol, y ante la ausencia de un padre, algo que ya sabía porque Javier me había contado que se borró poco después del nacimiento de su hermano menor, enseguida supuse que Graciela enseñaba en varias escuelas para mantener a su familia con dos o tres sueldos de maestra, que Guido estaba en esa etapa fanática pero breve de la vida de un pibe en que el fútbol parece la respuesta a todas las cosas y que Javier, con sus aires de caballero viril o coplero afeminado, según el ánimo que tuviera y el público que lo festejara, se había emancipado de su madre y su hermano el día que conquistó la piecita del fondo.

—Sentite un privilegiado, Javi no trae a nadie acá.

—¡Mamá!

Me acuerdo más que nada del olor de Javier. Pulcro y atildado, él siempre estaba envuelto en su nube de loción masculina, de esas que se ponen para aliviar la piel después del afeitado aunque al que la usa le arde de lo lindo, porque esas colonias tienen mucho alcohol, y a los demás marean con ese olor dulzón que tapa cualquier otro. Muchos años después me entero, por mi trabajo, que un estudio de una universidad estadounidense puso en números lo que ya sabíamos: los humanos recordamos un 35 por ciento de lo que olemos, un 5 por ciento de lo que vemos, un 3 por ciento de lo que escuchamos y solo un 1 por ciento de lo que tocamos. El olfato es el guardián de la memoria. Puedo haber olvidado muchas de las mentiras que Javier me dijo y no recuerdo siquiera haberlo tocado más que para saludarlo con un beso en la mejilla o para palmearlo en la espalda en momentos dificilísimos, pero es imposible que olvide el olor que tenía.

—Vení, nene, pasá.

Así me decía a veces, nene, aunque yo apenas era siete años más joven que él. La habitación de Javier era un rectángulo con piso de

baldosas y las paredes pintadas de amarillo-vainilla, nada ajeno a cualquier descripción inmobiliaria. Lo insólito era lo que guardaba. En las cuatro paredes había estanterías de madera combadas por el peso de incontables cajitas de videos, organizadas al tuntún pero aun así con cierto orden: clásicos del cine argentino, películas de Disney, comedias musicales de Hollywood (de todas, su favorita absoluta era *Mi bella dama*, aquella con Audrey Hepburn basada en *Pigmalión*, la fábula de una persona que, con esfuerzo y voluntad, logra convertirse en quien no es pero quiere ser). Apoyada contra el ángulo recto que formaban dos paredes, una cama marinera funcionaba como depósito: la cama de arriba, con las sábanas a medio hacer ocultas por una manta tucumana, de esas que sofocan pero no abrigan, era donde dormía Javier; la cama de abajo estaba repleta de videocasetes, discos y papeles apilados pero tembleques sobre el apoyo blando que ofrecía el colchón. Ahí estaban las películas recién llegadas (compraba de a decenas por semana), esperando un destino final o provisorio en alguna de las estanterías. Además había: un televisor de tubo de 14 pulgadas apoyado sobre dos videocaseteras, una para reproducir y otra para grabar, de donde salían muchas de las copias caseras de películas viejas que regalaba a sus amigos y conocidos (el televisor estaba ajustado para no reproducir colores, solo se veía en blanco, gris y negro porque Javier decía que un televisor a color "muestra muchos grafismos", aunque nunca supe bien qué quería decir con eso); un equipo de música con doble casetera y bandeja para cinco discos compactos, con dos parlantes atornillados en la pared para generar efecto de sonido estereofónico; dos muñecos de peluche, uno del pato Donald y otro de Tribilín, apoyados sobre los dos parlantes; una maraña enloquecida de cables que iban del tomacorriente al televisor y al equipo de música, que conectaban a los dos aparatos entre sí y con las videocaseteras y que cruzaban las paredes amarillo-vainilla hasta los parlantes; un teléfono de línea también atornillado en la pared junto a la cama, a la altura de la cabeza; una lámina con la foto de una escalera caracol vertiginosa impresa tan oscura que era difícil, casi imposible, distinguir nada más que un par de escalones; un ropero antiguo cerrado con llave; una silla donde se amontonaban pilas de prendas, casi todas de color negro; y en los rincones, o directamente sobre el piso, más películas en videocasete.

No es que me acuerde tan bien o que mi memoria tenga un registro fotográfico que la haga fiable como un documento forense: conservo una foto de mí en esa habitación, con la gorrita con visera y el suéter de rayas, seguramente tomada por él, impresa en papel Fujifilm tamaño 9 por 13. También tengo muchas cartas que me escribió y un videocasete que me grabó para un cumpleaños, pero todavía no me

animo a verlo.

—Permiso… ¿se puede?

Graciela empujó la puerta con el hombro porque tenía las manos ocupadas: traía la bandeja con las galletitas, dos tazas con café de leche, dos cucharitas, servilletas y una azucarera.

—¡Te dije que no entres sin golpear, mamá!

—Bueno, es que me pareció que estaban charlando y no quería que se pierdan la merienda. ¿Viste la cantidad de películas que tiene? Tendría que abrir un videoclub —me dijo.

—Es una cosa impresionante —le dije—. ¿A vos también te gusta el cine?

—Sí, bah, no tanto como a él. ¡Cuando era chiquito lo llevaba a ver las películas de los Parchís y se volvía loco! Siempre quiso ser artista.

Después de otro regaño ("¡mamá!", gritó exagerado, divertido), Javier echó a Graciela de la habitación. Era incongruente, como en esas películas donde el elenco está mal elegido porque la actriz de reparto es demasiado joven para hacer de la madre de la protagonista, que una mujer tan vital, que todavía no había llegado a los cincuenta años, fuera la madre de este fatigado varón del tango que hablaba con cadencia de coplera o milonguero. Además de las coplas españolas, las canciones de las comedias musicales y, según supe entonces, la música de los Parchís, Javier era fanático del tango y devoto del maestro Osvaldo Pugliese: todavía conservo tres fotos idénticas del viejo que me regaló para "que tengas suerte en la vida", me dijo. En ese momento deduje que yo era el primero en entrar en su mundo secreto, el único que había visto de cerca la modestia en que vivía o que había conocido a su madre y a su hermano. Pero la idea, más que alegrarme, por lo singular del privilegio, me inquietó: si es cierto que todos representamos un personaje en nuestra vida social, el de él era tan radicalmente distinto al de su vida real como hijo de una maestra bonaerense, que solo podía tratarse de un mentiroso compulsivo o de un actor sin obra a tiempo completo.

Vimos una película en blanco y negro, es imposible que me acuerde cuál, y escuchamos algunos discos con canciones de Disney. Ya estaba oscureciendo afuera. Javier me dijo que necesitaba ir al baño. Fue. Me quedé solo en la habitación y revolví, más con aburrimiento ocioso que con curiosidad morbosa, la pila de cachivaches que se desparramaban por la cama de abajo. Entre los casetes, los discos y los papeles, casi como si hubieran sido dejadas ahí a propósito, encontré fotos que yo no sabía que me habían tomado: una en un restaurante, desde el lado opuesto de la mesa; otra en la boletería de un teatro de la avenida Corrientes mientras retiraba las entradas, yo de medio perfil trasero; una más cruzando la calle

Cerrito, de espaldas, seguido por un ojo escrutador que no se perdía pisada.

Casi dos años después de haber conocido a Javier me emancipé. Me fui a vivir solo, bah. Dejé la casa del barrio en que me había criado y me mudé a un dos ambientes del centro, fascinado con su ubicación sobre una avenida por la que pasaban colectivos toda la noche y con un detalle que sintonizaba con mi temprana obsesión por lo periodístico: en la esquina de ese departamento cambiaba la onda verde del semáforo, los autos se detenían invariablemente y junto a la luz roja paraba un canillita que era el primero en recibir los diarios a la una de la mañana (entre mis hábitos de señor burgués, me hacía llevar los diarios todos los días para desayunar con café, tostadas y el despliegue de esas páginas que manchaban dedos y mantel con tinta, pero a veces bajaba en plena madrugada para comprar los diarios recién impresos y gozar del privilegio de sentirme un adelantado). El de la avenida era un departamento muy luminoso, en un décimo piso al contrafrente, que bien podría presentarse como evidencia concreta del verso inmobiliario: en los clasificados se había anunciado como “semipiso”, lo cual era técnicamente cierto porque había solo dos departamentitos por piso, unidos por un pequeño palier en común, pero la idea del “semipiso” sugería superficies amplias cuando en realidad los dos ambientes eran tan minúsculos que la puerta del baño chocaba contra el pie de la cama. La paridad cambiaria había terminado con años de inflación (después vendrían otros problemas) pero los cuatro billetes con que pagaba el alquiler no eran una fortuna aunque tampoco poca cosa: trescientos cincuenta pesos-dólares.

Ya trabajaba fijo como periodista en un gran diario, fichado por un jefe antes de terminar la facultad, y la ubicación céntrica del departamento y lo breve de mi jornada laboral (seis horas por estatuto) me dejaban mucho tiempo libre para ver con nuevos ojos, los de un citadino, la ciudad que estaba descubriendo. Con Javier íbamos más que nunca al teatro, al cine, a la discoteca, a comer con sus amigos actores o venía él a comer a mi departamento y pienso que acaso como un acto de voluntad para convertirme en el periodista que quería ser y no fui, uno muy puntilloso con la documentación y el archivo, por eso guardé las cartas de Javier, como esta, la de mi mudanza, que recién ahora me animo a releer.

“Distinguidísimo muchacho, pletórico de gozo me aferro a la emoción que embarga mi karma, mi sino, y erizando mi piel, sin perturbar mis carnes, me permito echar un par de párrafos acerca de este nuevo emprendimiento que es ejemplo para los jóvenes de esta bendita tierra que nos vio nacer”, leo qué escribió y compruebo que,

además de gracia y estilo, Javier tenía una ortografía intachable: la carta, escrita a mano con fibra azul delgada sobre una hoja rayada tamaño oficio, no tiene correcciones ni remiendos. ¿Escribiría sus cartas en borrador y después las pasaría a mano con la paciencia de un Bartleby acaso anhelante, aun inconsciente, de que algún día integren un archivo póstumo como el que tienen los grandes hombres?

"A vuelo de chotacabras percibo en usted cierta excitación, y no es para menos, ¡ya se nos hizo hombre y el nene hace rancho aparte! No es malo advertir sobre los accidentes que pueden hacerse cotidianos en el hogar si no se tienen en cuenta ciertos recaudos:

"1) Antes de acostarse cierre la llave del gas (no sea que lo encuentren muerto y después le pongan diario en la boca).

"2) Tranque bien la puerta. Si tocan portero eléctrico después de las 22 horas y usted no reconoce la voz, no abra.

"3) Si advierte una ligera pérdida en la mochila del inodoro no se duerma, puede ser que a la mañana siguiente termine como Leonardo DiCaprio en *Titanic*.

"4) No es práctico, higiénico ni aconsejable dejar los trastos de la cocina para lavar al día siguiente: esto genera la producción de ciertos insectos amigos de Franz Kafka.

"5) Si toma cita amatoria, trate de no gritar, recuerde que tiene vecinos a los cuales puede molestarles el gemir de dos terneros degollados.

"6) No se asome mucho al balcón (menos en camiseta malla).

"7) Si concierta alguna cita por intermedio de una hot-line, trate de encontrarse en otro lado, no sea cosa que le toque un bofe y se pase toda la noche jugando a los dados.

"8) Es de muy mal gusto colgar enaguas, camisetas, shorts, slips, boxers, toallas y portaligas a secar en el balcón.

"9) Para que los huevos fritos no se peguen, el aceite debe estar muy caliente.

"10) No es bueno ver TV hasta altas horas de la madrugada (para los vecinos), se pueden colar…

"11) No queda bien afanarse la plata que los vecinos dejan abajo de los sifones para el sodero.

"12) Si al bañarse se le apaga el calefón… silbe".

Es la primera vez en tantos años que releo esta carta de Javier y en el acto de transcribirla me deslumbro no solo por su ortografía y caligrafía perfectas sino también por su gracia, un tipo de humor inocente y costumbrista como el del doctor Pueyrredón Arenales o como el de Landrú, otro señor bien que en sus chistes distinguía las taras de mersas y paquetes. Pero también noto un tono amenazante al advertirme de todo lo malo que podría pasarme al vivir solo y hasta

profético porque algunas de esas cosas finalmente pasaron. Como cierre de la carta, un deseo (“espero que su estada en el barrio de los taxiboys empiece con un gran debut… culinario”) y una firma que, incluso en la parodia, delata cómo Javier se veía a sí mismo o cómo soñaba que lo vieran los demás: “Así se despide el más grande terrestre viviente y pensante”.

Como todas las amistades que están organizadas alrededor de frases hechas y rutinas repetidas, Javier empezó a venir seguido a comer a mi departamento del centro, dos o tres veces por semana. Siempre pedíamos empanadas (alguna vez, rara, una pizza de muzzarella) que servíamos en unos platitos azules que todavía tengo y que apoyábamos sobre la misma mesa cuadrada de madera clara en la que ahora escribo esto. Al terminar de comer, nos mudábamos de la mesa al sillón para ver una película y él, todas las noches, como en el remate previsible de un sketch basado en la repetición con variaciones, ante mi amago de retirar las cosas de la mesa y lavar los platos, ponía la voz en falsete y con el tono agudísimo de una cuñada que anima a otra a la indulgencia, me gritaba:

—¡Dejá, zonza, lavamos mañana!

“CC 71 - Rubio, ojos verdes, actor, comerciante, con lugar, soñador, amante del arte y la naturaleza, busco similar para algo serio; afeminados y chantas, abstenerse.”

El botín era modesto en lo económico ($ 18,90) pero valiosísimo como evidencia histórica: un CD que robé el día de la inauguración de Tower Records. Supongo que un cuarto de siglo después el delito ya prescribió: fue uno de mis pocos ilícitos. Envalentonado por la multitud que esa tarde invadió el local de dos pisos en Santa Fe y Riobamba, fui parte de una enajenación colectiva. Acaso maravillados de que por fin lo foráneo viniera hacia nosotros, eternos acomplejados por el trauma de un país periférico que queda en el culo del mundo, los invitados a la inauguración de la disquería primero nos comimos todos los sanguchitos, después nos tomamos toda la cerveza, más tarde quisimos sacarle una foto o la remera a Iggy Pop, que había viajado para la ocasión (no hizo falta insistir, para la remera no para la foto: se quedó en cueros) y finalmente la masa, de la que fui parte, se llevó todos los discos que entraran en bolsillos o morrales, algunos con mejor suerte que otros en el manotazo: me afané a ciegas uno de los Backstreet Boys.

Todavía lo tengo, entre los poquísimos que conservo de esa época (*Parklife*, de Blur, o *Vida modelo*, de Juana la loca) pero ya no tengo dónde escucharlo. Es una evidencia, decía, de mis noches de entonces.

Después de la cena caminaba las ocho cuadras que había desde el semipiso minúsculo hasta la disquería por la avenida Santa Fe (mano derecha, por supuesto) porque Tower Records cerraba a la una de la mañana y antes de dormir buscaba el alivio de un chupete musical. Empezaba por la planta baja, donde estaban los discos de rock, de pop y de techno, y las películas. Ahí compré *Boogie Nights*, el primer DVD que tuve en mi modesta colección, una edición en cajita de cartón importada de los Estados Unidos ($ 24,90). La fantasía colectiva nos empujaba a creer que por fin entrábamos a un mundo que nos recordaba, aun en los detalles, la lejanía de nuestra tierra: dividido en cuatro zonas, el reparto de los DVD asignaba la zona uno a los Estados Unidos y a nosotros, la cuatro (furgón de cola). Era un símbolo de pertenencia entre los clientes de Tower Records caer al local con una remera de Hard Rock Café o Planet Hollywood y, entre todas aquellas que indicaban el destino donde había sido comprada, la que más cotizaba era la que debajo del logotipo del bar o el restaurante decía "Miami" (yo tenía una que mi tío Alberto me había traído de un viaje pero sentía que valía menos porque decía, apenas: "Orlando"). Después de inspeccionar las bateas de la planta baja seguía por el segundo piso, donde estaban los discos de jazz, tango o música clásica y las revistas extranjeras expuestas sobre la pared derecha, una panzada para los lectores con ganas de mundo: compraba *Vanity Fair* ($ 3,50) y *Entertainment Weekly* ($ 2,50), que llegaban a Buenos Aires solo una semana después de su publicación norteamericana (acaso una prueba de que ese mundo se extinguió pueda leerse en el absurdo: después, la *Entertainment Weekly* se hizo mensual).

Unos quince minutos antes de la una, los empleados de remeras rockeras y chalecos negros empezaban a decirnos que teníamos que irnos pero, si queríamos, podíamos ir a tomar una cerveza a Cinema, el pizzacafé de Santa Fe y Callao que abría hasta tardísimo, o a comer milanesas a La Madeleine, casi llegando a Rodríguez Peña, que tenía la cocina abierta durante toda la noche. Eran mis primeras experiencias en el noctambulismo, una licencia que me permitía con el gustito ilícito que paladea el pibe al que los padres dejan seguir mirando tele después del horario de protección al menor. Y al final de todo volvía caminando hasta mi departamento, saciado de adultez, por la avenida Santa Fe mano derecha, donde el puterío me hacía sentir seguro aunque alguna vez, o más de una probablemente pero una es la que recuerdo, un policía me quiso llevar a la comisaría por "averiguación de antecedentes". Le dije que los edictos policiales acababan de ser derogados (y con ellos, el fatídico inciso 2º H que penaba el "escándalo en lugares públicos") y él me contestó que no le importaba, que me llevaba igual. Yo que no y él que sí. Que no. Que sí. Una travesti que andaba por ahí escuchó lo que pasaba, saltó para

defenderme y enseguida se juntaron dos o tres más y entre todas hicieron tanto escándalo que el cana se fue puteando bajito y yo pensé, o tal vez pienso ahora, que los varones gays siempre dependimos de amigas que nos cuiden, las compañeras del colegio que les gritaban a los chongos que nos hostigaban en el recreo o las chicas trans que son valientes ante la injusticia.

No sería del todo honesto si evitara decir que tenía otro motivo para ir a Tower Records casi todas las noches después de la cena. Entre los vendedores, uno que tenía barba de chivo y la cara tatuada y otra con el pelo violeta, había un petiso que llenaba el chalequito con músculos bien torneados y la boca, con un teclado de dientes perfectos. Cerca de la una nos encontrábamos como por casualidad en el segundo piso (¡qué coincidencia!), arrullados por el piano de Diana Krall o *Las variaciones Goldberg* y hablábamos del día que había terminado o nos contábamos qué planeábamos para el fin de semana. Y cuando desde arriba escuchábamos que empezaban a bajar la persiana metálica dejábamos la charla en suspenso y aunque nunca lo dijimos estoy seguro de que los dos nos despedíamos con el deseo de ir con la música a otra parte.

Una pajarera con ambiciones de semipiso: eso era mi departamento. La ventana del living daba a un espacio vacío por el que entraba el sol todo el día y cruzando el hueco de aire y luz se veía otra ventana idéntica que dejaba entrar el sol a un departamento igual al mío. Mi vecino y yo vivíamos en espejo: yo era joven, él ya era viejo; los dos éramos periodistas, yo ignoto, él famoso como director de revistas de espectáculos (aunque se haría mucho más famoso unos años después cuando jugara el papel de maldito en el jurado de un programa televisivo con concursos de baile). Cada vez que me visitaba, Javier lo llamaba por teléfono y le ordenaba: “Asomate a la ventana”. Y así, a ambos lados del hueco, se pasaban chimentos mientras se hacían muecas detrás de los vidrios.

Un sábado a la tardecita paseábamos con Javier por la avenida Corrientes, mirando libros y anotando mentalmente las obras de teatro que nos debíamos. Casi en la esquina con la calle Uruguay vimos venir de frente a China Zorrilla, que caminaba del brazo con otra mujer. Estábamos tan cerca de ella, la inolvidable Elvira de *Esperando la carroza*, que la proximidad me cortó el aliento y cuando los cuatro quedamos enfrentados, y cualquiera podría haber pensado que mi amigo se habría desesperado por decirle algo, China, con esa elegancia mundana de las mujeres nacidas en cuna de oro pero maduradas en el vodevil, lo miró, lo reconoció de algún lado y le dijo “¡maestro!”.

Durante varios días no supe nada de Javier. ¿O fueron semanas? Cuando ya empezaba a preocuparme, llamó por teléfono. Me hablaba desde Mar del Plata: se estaba quedando en un departamento del edificio Havanna, el más alto de la ciudad, junto a Bruno Gelber, el pianista consagrado que vivía en Mónaco y era amigo de toda la realeza europea pero descansaba en la costa atlántica. “¿Qué hacés ahí?”, le pregunté y me respondió que estaba cuidando al maestro aunque tenía mucho tiempo libre porque sus responsabilidades se limitaban a meterlo a upa en el mar y a mantener bien peinado su peluquín.

¿Cómo es que los artistas famosos lo conocían y, más aun, reconocían en él una autoridad propia del que tiene una obra o un pasado si todavía no había vivido? Yo estuve ahí y lo vi con mis ojos, no me lo contaron. Javier se conducía entre ellos como si fuera un divo más y ellos, los divos auténticos, acaso siempre necesitados de alguien que les recuerde su talento o su grandeza o de un ángel que los ayude con las cosas cotidianas de la vida lo palmeaban en la espalda, le confiaban sus cuitas y lo invitaban a comer.

—Este lugar está lleno de viejos —se quejó Martín.
—¡Total! Tendríamos que haber ido al McDonald’s —coincidió Diego.
Lento de reflejos, Javier ensayó una réplica que no estaba a la altura de sus respuestas filosas (“viejos son los trapos…”, dijo en voz bajita) y me miró con cara de embole, indignado con la vulgaridad provinciana de nuestros compañeros de mesa que despreciaban el guiso legendario de Edelweiss y preferían una hamburguesa finita.
Conocimos a Martín y Diego unos meses atrás aunque debería hablar en singular: conocí, porque Javier ya los conocía de antes. Habían compartido el casting para una comedia musical que al final no se hizo. El camino de estos actores estaba adoquinado con incontables pruebas que generalmente terminaban en el rechazo o el ninguneo y que daban a Javier la excusa para compadecerse de su suerte como artista olvidado. Martín y Diego eran dos santafesinos muy jóvenes que recién llegaban a la capital y exageraban las ligazones de pertenencia generacional: vivían en un monoambiente de Tribunales empapelado con pósters de Brad Pitt, usaban unas remeras musculosas de lycra casi calcadas sobre los pechos afeitados (los dos se mataban en el gimnasio con suerte dispar), iban al boliche en un maratón que empezaba los jueves y terminaba los domingos a la tardecita en una fiesta que se conocía como *tea dance*, sabían las coreografías de los temas de Madonna paso a paso y ese año, ¡cómo me acuerdo de eso!, ahorraron de a veinte pesos para comprarse cada

uno un par de botas de cuero Charro. A pesar de las diferencias notorias con “el varón del tango”, como a veces le decían a Javier (otras veces lo llamaban “la dama de las camelias”, siempre a sus espaldas), él me los presentó y la relación se ensambló rápido: de pronto fuimos cuatro ahí donde habíamos sido dos y fue la primera vez de mi vida adulta en que tuve algo parecido a un grupo de amigos.

Aunque ellos se odiaban. En un silencio tenso, claro. A desgano, Javier aceptaba ir a la discoteca un viernes, digamos, pero a cambio imponía el lugar para la cena previa, invariablemente uno de esos bodegones cercanos a los teatros donde se rozaba con los artistas y nos enrostraba que lo conocían por su nombre. Las cenas nunca eran pacíficas. Martín y Diego se quejaban de la comida, de los precios, de la decoración pero más que nada de la gente: ellos, mandatados por una idea muy potente acerca de los imperativos de ser jóvenes, despotricaban contra los viejos y se burlaban de las dentaduras flojas, los cabellos teñidos, los tapados con olor a naftalina o las pieles despegadas del músculo, esos colgajos que bamboleaban en el lugar del brazo donde alguna vez hubo un tríceps firme. Javier rumiaba su bronca porque se sentía atacado, tan identificado él con las liturgias de la vejez, y yo, fielmente sujeto a mi papel de canciller salomónico, que media entre las partes y no se inclina por ninguna, pretendía ser neutral aunque parecía evidente que mi simpatía muda se orientaba hacia los más jóvenes de la mesa.

Que los viejos esto, que los viejos lo otro, seguían Martín y Diego con desprecio. Armado del valor que aparece solo cuando uno está muy harto, o muy loco, Javier los miró fijo y se coló en un silencio para repetir algo que escuchamos en la película que habíamos visto juntos hacía poco:

—El único homosexual feliz es el homosexual muerto.

—Marlon Brando, Jimmy Dean…

—On the cover of a magazine!

Hiperkinéticos, extrovertidos e intercambiables (mucha gente que conocimos en aquella época nunca supo cuál era Martín y cuál Diego), los dos se completaban las canciones mientras repetían la coreo: cada pasito exigía un esfuerzo de memoria, destreza y coordinación pero ellos, entrenados en el gimnasio y fogueados en la academia de baile, replicaban miméticos las piruetas de Madonna.

—Vogue, vogue, vogue, vogue, vogue…

En la discoteca de la calle Suipacha, los cuatro pasábamos las noches del sábado de ese año: ellos bailando como poseídos, yo haciendo méritos para mis primeras borracheras memorables y Javier, desacompasado del ritmo general, fatigado por la trasnochada.

—¿Vamos, nene? Mirá la hora que es… —me decía al rato de llegar y yo que no, que era sábado, que éramos jóvenes y que la noche todavía estaba en pañales.

—¡Ya bastante dormiremos! —le respondía, vitalista e irónico, y me escapaba como una culebra detrás de Martín y Diego que, no bien entrar a la disco, corrían a la pista para hacerse un lugar entre los que sabían las coreografías, los que eran, aun de manera prosaica, una especie de realeza.

Existía entre los tres un mandato de juventud. Teníamos veinte años, poco más o poco menos, y todas las ambiciones parecían posibles por la sola formulación de un deseo: yo sería un periodista importante, ellos serían actores famosos; yo estaría cerca de conocer Nueva York, la ciudad en que soñaba despertarme cada vez que me dormía, ellos serían por fin elegidos en el cásting de sus vidas para protagonizar una obra rutilante o una telenovela exitosa. Y Javier se debatía entre los jirones de un pasado que no había vivido pero que empañaba su presente y empeñaba su futuro.

Una noche de sábado, ya entonados por la cerveza tibia que servían en vasotes de plástico, perdimos de vista a Javier. No era raro. En un sótano con las paredes siempre transpiradas y el piso pronto convertido en barro (las botamangas de mis vaqueros blancos terminaban marrones), el boliche tenía una barra al fondo y unas mesitas adelante donde a veces encontrábamos a Javier, sentado con el gesto resignado y la vocación supervisora de una chaperona, abanicándose para espantar el sofocón húmedo (por esa época empezó a salir con un abanico que le había regalado Tania, una artista anciana que había estado casada con Discépolo, uno de los próceres del tango) mientras esperaba que por fin nos gane el cansancio. Después de la rutina coreográfica, ya sí extenuados por el esfuerzo de bailar entre mucha gente y con tan poca ventilación, fuimos a buscarlo. No lo encontramos. Así que volvimos a la barra trasera, pedimos tres cervezas más y nos pusimos a charlar para recuperar energías.

—¿Dónde estará? —preguntó Martín, el más cínico de ellos pero también el más frontal porque era de esas personas que no esconden el desprecio: te lo escupen en la cara.

—¿Quién? —respondió Diego, alargando las últimas letras con el mohín cómplice del que sabe cuál es el remate.

—Quién va a ser…

Y entonces Martín no pudo aguantarse la maldad, se lo veía venir: estaba ansioso por compartir conmigo el apodo que le habían puesto a Javier, una manera cruel de resumir su idolatría por los ídolos caídos y su eterno luto aseñorado y, en ese segundo fugaz en que pude percibir con el rabillo del ojo que Javier estaba parado detrás nuestro, solo pude pensar "¿habrá oído? ¡Por Dios que no haya oído!", y el

diálogo de *Esperando la carroza*, ese cantero de frases que usábamos para explicarnos, me dio la respuesta (“oyó, qué criatura estúpida”) justito cuando Martín decía lo suyo, Diego se ponía blanco y Javier se enteraba de que para ellos era “La Viuda”.

“El sábado también llamó Javier para saber noticias de ustedes.” Es la única referencia a él que encuentro en mi casilla de correo electrónico. Aquerenciado aun con las cosas vanas o fútiles, tengo el mismo email desde siempre (desde que existe el email, mejor dicho) y busco desde arriba, los mensajes que llegaron hoy o ayer, hasta abajo de todo, los mensajes de aquellos años, y no encuentro nada más. Apenas una referencia a él en el texto de un mensaje que me envió mi madre durante mi primer viaje a Nueva York, uno que hice con mi novio de entonces. Yo vivía mi propia versión del sueño americano, en el que compraba cafés en vasos de cartón por dos pesos con cincuenta mientras caminaba por el Village o el Soho y miraba con ojos propios las locaciones de *Todos dicen te quiero*, la película musical de Woody Allen que fuimos a ver al cine con Javier por lo menos dos o tres veces y de la que sabíamos las canciones.

Ahora, embarcado en este ejercicio de memoria reconstructiva, me sorprendo de no tener un mensaje, ni siquiera uno, de Javier entre mis 21.107 correos (todos leídos) aunque tengo sus cartas en papel. Busco por nombre y por apellido y nada. Y en esa referencia perdida adentro de un mensaje de mi madre deduzco que entonces él tenía el número de mi casa familiar y que existía un vínculo, al menos telefónico, entre ella y Javier.

No me acuerdo de eso.

Puesto a interpretar, la palabra “también” en ese mensaje es ambigua y plantea dudas. ¿Acaso había llamado otros días o él no era el único que había llamado? Pero evidentemente llamó para saber cómo estaba en mi primer viaje tan lejos, tal vez preocupado por la distancia o atacado por la melancolía. “¿Te acordás? Hace casi tres años nos conocimos; vos eras ‘el pelado de gorrito’, yo ‘Hugo del Carril’ (¡qué espanto!). Nunca vas a terminar de saber lo que significás para mí, siempre a mi lado (más en los momentos duros que en la joda)”, me escribió en una de las cartas que conservo: “Ya pasaron casi tres años, vos hoy sos un prometedor profesional discípulo de Mariano Moreno; yo… yo ahora gracias a vos y al tiempo no soy más Hugo del Carril: ahora soy Libertad Lamarque”. Dolido con el apodo que le habían puesto Martín y Diego, y que yo en mis charlas con ellos adopté rápido, La Viuda tiene menos destreza epistolar en esta carta: no la voy a transcribir completa pero repite ideas y nombres, trasluce un estado de ánimo melancólico, confiesa su temor a perderme a manos de nuevos amigos (“nada me fue fácil hasta ahora, por eso

estoy dispuesto a no perder las cosas que quiero y además valen la pena") y aun en el chiste deja entrever que mi viaje supuso para él un montón de preocupaciones:

"¡Abriguensén que en Nueva York hay una helada en verano!

"¡No se afanen los jabones de los hoteles!

"¡Cuidensén de los ladrones, que roban que te la voglio dire!

"¡Parensén al lado del vigilante! ¡Y cuidensén del vigilante!

"¡Salgan a caminar con la fresca!

"¡Sáquense fotos con la cámara de *nosotro*!

"¡Les ordeno que lo disfruten!".

La carta está repleta de invocaciones al pasado y de lamentos por el presente. Y aunque está escrita a modo de despedida, y me fue entregada antes de partir, en sus palabras finales cita algunos de los versos más nostálgicos de la vuelta del Martín Fierro:

"Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno
Sino para bien de todos".

Todavía no me había ido pero Javier ya me hablaba de volver.

—¿Sabe a qué le decían "La Viuda"? A la guillotina.

Bajo el estricto usted con que nos tratamos, mi psicoanalista dijo sus únicas palabras de la sesión de la semana pasada (miento: también dijo "¿dejamos por hoy?") y aunque no pude verlo porque estaba de espaldas a él, acostado en el diván de frente a una biblioteca inmensa donde resaltan las obras completas de Lucrecio, imaginé que se pasó el índice por el cuello de izquierda a derecha e hizo *zazzz* para representar el filo de la guillotina. Siempre de negro enlutado, La Viuda compartía apodo con el instrumento barbárico de la muerte y, ahora que lo pienso, fue en esa época cuando empezó a oscurecerse más.

Volví de Nueva York con esa idea vacua de mundanidad que da el primer viaje al extranjero, repleto de anécdotas, fotos y souvenirs. Eran días felices. A la mañana iba al diario, a la tarde al gimnasio y a la noche volvía a mi departamento, muy satisfecho de mí mismo y de mi vida como emancipado: era habitual que después de la cena quedara para verme con Martín y Diego, que vivían cerca y siempre estaban bien dispuestos para la fiesta o la trasnochada, y entonces salíamos por los bares para ver gente o nos visitábamos con un fernet de regalo. Cabíamos varios, porque se sumaban amigos de amigos y conocidos de conocidos, aunque mi semipiso fuera minúsculo a pesar del palier semiprivado. Una noche sin programa, al volver del gimnasio, tomé el ascensor en la planta baja, pulsé el botón con el número diez, subí hasta mi modesto semipiso, abrí la puerta tijera,

apreté el botón rojo siempre titilante de la luz y el resplandor súbito descubrió lo que fue uno de los sustos de mi vida: ahí, en la más absoluta oscuridad del palier, estaba parado un hombre alto, de chal y paraguas negros, como si fuera lo más normal del mundo.

—Te estaba esperando —me diría La Viuda más tarde.

Esa noche se quedó a dormir en mi departamento porque ya era tarde para que vuelva a su casa de provincia, echado cuán largo era en el sillón de dos cuerpos del living: inevitablemente los pies le quedaban colgando por encima de un apoyabrazos. Me dijo que le había parecido una buena idea visitarme sin avisar y que había llegado temprano, por eso me esperaba parado en el palier. En silencio. A oscuras.

—La oscuridad me ayuda a pensar —respondió a mi queja por lo que fue un susto de muerte y clausuró el tema.

Una nochecita de un día de semana estaba en mi departamento y sonó el teléfono. Todavía se usaba el de línea porque solo los empresarios, los artistas o los millonarios tenían celular aunque La Viuda había aparecido con uno enorme hacía poco; nunca quiso explicarme cómo lo había comprado o quién se lo había regalado pero me obligó a aprenderme su número de memoria por si era necesario saberlo en alguna emergencia. Me llamaba excitadísimo desde un bodegón del Bajo para contarme algo descabellado: que venía de un ágape en la redacción de *La Nación* y que el viejo tanguero Ben Molar, recién enterado de que las notas necrológicas de los famosos se escriben desde antes como un modo de previsión periodística, había ingresado en el sistema informático del diario y que con su ayuda, la de La Viuda, había retocado fragmentos de su biografía para agrandar los actos heroicos, si los hubiere, y atenuar los fracasos.

Dicen que la muerte engrandece a los hombres pequeños.

“CC 625 - Activo de 43 desea conocer obeso o gordito joven, activo/pasivo, con intenciones de formar pareja o simplemente una buena amistad. Tengo lugar para los fines de semana y soy sano y discreto. Escribir a señor Osvaldo.”

—¡Andá vos, nene, que yo con estos juanetes no puedo ni moverme! —me dijo y yo fui.

El portero eléctrico había sonado dos veces y la insistencia del repartidor tenía menos que ver con su preocupación de que no comiéramos las empanadas frías que con su apuro para entregar otros pedidos. Era nuestro menú, empanadas de jamón y queso, y jamás

había espacio para el debate o la negociación: nunca pedimos de pollo o de humita, capaz que sí alguna de carne, y la broma ritualizada (“abrite una latita de cualquier cosa”, decíamos antes de llamar a la casa de empanadas, citando otra frase de *Esperando la carroza* cuando empezaba a picar el bagre) terminaba con el pedido de siempre, y el remate: “¡No tengo una latita de cualquier cosa!”.

—¡Andá vos! —insistió.

Fui. Bajé los diez pisos en el ascensor, pagué, recibí el pedido, subí los diez pisos en el ascensor. Cuando entré en el departamento, encontré a Javier en la misma posición en que lo había dejado, echado en el sillón de dos cuerpos, con la pierna del juanete extendida sobre una mesita ratona de madera que todavía existe (está en la casa de mi madre sosteniendo el televisor del living). Esa mesita tiene unas patas sólidas pintadas de blanco y una tabla de madera clara y limpia que siempre da la impresión de estar recién lustrada; debajo de la tabla hay un cajoncito donde yo guardaba las llaves y otras cosas. Javier bajó el pie de la mesa, limpiamos un poco, trajimos dos individuales de la cocina, dos vasos y unas servilletas, abrimos una Coca de litro y medio y comimos.

Como periodista profesional, eternamente en lucha contra la angustia del sumario y la tentación de la frase hecha, escuché muchas veces la expresión “con el diario del lunes”, una que hace referencia a lo fácil que resulta acertar los resultados de los partidos un día después que se jugaron, pero siempre me resistí a usarla aunque sería muy precisa en este caso. Recién al día siguiente pude interpretar la insistencia de Javier para que yo fuera a buscar las empanadas, algo completamente raro: siempre bajaba él porque yo, el anfitrión que sabía dónde estaban guardadas las cosas para la cena, me quedaba preparando la mesa. Esa noche, el juanete insidioso le sirvió de excusa para insistir en que yo bajara y el mismo juanete lo obligó a irse rápido, rapidísimo diría, nomás terminar su tercera empanada y cuando faltaba todavía la mitad de la película que estábamos mirando. Yo estaba acostumbrado a sus excentricidades, pero eso era rarísimo, y lo que a la noche me pareció extraño al día siguiente pude verlo más claro: lo inusual de su comportamiento me vino a la cabeza cuando descubrí, después de darlo vuelta cien veces, que faltaban los mil doscientos pesos que me pagaban por quincena en el diario y que yo guardaba siempre en el cajoncito de las llaves.

“Aunque bien pude haberlos perdido en el colectivo, ¿no?”, me dije después. Con el tacto de un diplomático francés, le pregunté a Javier si había visto plata caída en algún lado del departamento. Me dijo que no. “Seguramente los perdí en el colectivo”, pensé y dos viernes más tarde volví a guardar los mil doscientos pesos en el

cajoncito, pero esa quincena no hubo salidas ni compras más allá de lo imprescindible. ¿O acaso todos los muy jóvenes no viven al día?

En su libro *Fiestas, baños y exilios*, los escritores Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli reconstruyen la cartografía del deseo en los años de la dictadura, con las estaciones de trenes como cabeceras y terminales del coito entre hombres de a pie. "Es que los yirantes masculinos del deseo, 'que no osan decir su nombre', han utilizado para sus encuentros —y más allá de las comunes calles del pecado— los cines X y los baños públicos, convirtiendo la expresión 'salir del clóset y ganar las calles' en algo más que en una figura del 'darse a conocer'", escribió en el prólogo María Moreno, que sería mi maestra de escritura, y de algunas otras artes de la vida, solo unos años después de mi encuentro con Javier. Los baños públicos y su epicentro, el mingitorio, conocido popularmente como "tetera" (según Juan José Sebreli, la expresión viene del inglés *T-room*, que era la manera en que los carteles de las estaciones abreviaban la salita del toilette) eran el destino final del sexo clandestino. La tetera representaba la reducción a escala baño de la igualdad deseada por las voluntades progresistas: ahí se mezclaban el joven con el maduro, el chongo con la mariquita y el pobre con el pudiente, anulando las barreras de edad, rol o clase. Todos se daban con todos. De quien se dijera que era un "marica de teteras" podría entenderse que era un "hombre de acción": la adrenalina del riesgo provocaba más placer.

Los andenes de las estaciones desbordaban de tipos que intercambiaban esas miradas que duraban más de lo prudente. "En los baños de las estaciones de tren, proclives al coito, y sobre todo en sus adyacencias ociosas, se instauraban redes sociales inestables", escriben Rapisardi y Modarelli: "Al amparo del buen aire de los andenes se habían formado algunos círculos sociales entre habitués de varias edades y clases sociales, ya cansados de hacer cruzas entre ellos. Mientras esperaban la llegada de clientes nuevos, intercambiaban bromas, datos y consejos". Y si solo algunos conocían de los demás los nombres del documento o los seudónimos con los que iban a la batalla, todos sabían quién regenteaba la zona, como La Lisette de la estación Belgrano R, que se hacía llamar "la generala de las teteras" ("La Pitara nunca hacía pis en un baño público", escribió Héctor Anabitarte en *Estrechamente vigilados por la locura*, el libro sobre los gays educados en los mitos de los 70: "No quería que se dijera por ahí que La Pitara iba a ligar a los baños"). Así era en los 70 y los 80; pero en los 90, la ola privatizadora exterminó muchas líneas de los trenes ("ramal que para, ramal que cierra" fue la frase del presidente que se convirtió en latiguillo para los humoristas políticos) y las estaciones que sobrevivieron se rindieron ante el mandato de los vigiladores

pagos y las empresas privadas de limpieza: la asepsia no se midió en la pulcritud de las tablas de los inodoros (siguieron inmundas) sino en el comportamiento recatado de los habitués que devolvieron al baño su función original para aliviarse.

En los 90, el yire se mudó a los baños de los locales de comidas rápidas. Encandilados por los brillos norteamericanos, no pudimos resistirnos a la más fabulosa propuesta comercial de la época: "¿Querés agrandar tu pedido por 50 centavos?" (de aquel entonces viene el recuerdo, para algunos una entelequia o un mito urbano, de la existencia de la moneda de 1 centavo, que se daba como vuelto de la hamburguesa simple, que costaba 0,99).

El gusto incontinente por el sexo al paso hizo del polvo algo tan fugaz como la comida rápida. Era de esperar que el baño del McDonald's de Santa Fe y Pueyrredón hirviera a ciertas horas, pero pasaba lo mismo en cualquier otro de Burger King o los que sobrevivían de Pumper Nic sobre una avenida transitada o una esquina populosa. A diferencia de las estaciones de tren (las únicas que se mantenían como lugares de yire eran las más importantes, Retiro, Once o Constitución), en los locales de comidas rápidas no había jerarquías ni habitúes aunque algunos recurrentes eran más fáciles de encontrar ahí que en sus casas u oficinas. Ubicado en el primer piso lejos de la calle, toda una promesa de discreción, el baño masculino del McDonald's de Santa Fe y Pueyrredón era el sucedáneo del túnel de Bunker. Una micción eternizada era la contraseña para los entendidos (la literatura médica no registra próstata que se demore tanto) y una mirada apenas sostenida invitaba a la resolución de a pie o a pasar al privado, el cubículo con el inodoro, donde la puerta se trababa o se dejaba entreabierta, para satisfacción de los mirones. Hay quienes dicen que estos hombres no siempre buscaban contactos homosexuales sino una forma de procurarse orgasmos menos solitarios que en la masturbación y menos comprometidos que en una relación de afecto. Era muy usual que en el baño del McDonald's uno encontrara arquetipos heterosexuales en busca de una satisfacción urgente, ya no solo el oficinista sino también el plomero, el colectivero o el jugador de fútbol del ascenso, un rubio de pantalones cortos y gambas de goleador, que conocí una tarde ociosa de verano allí mismo: de mingitorio a mingitorio.

Por esos tiempos hasta la promiscuidad se privatizó: el libre mercado, y no el riesgo o la mugre, reorientó el sexo callejero de los espacios públicos a los negocios privados. Para no despertar la sospecha del vigilador de la planta baja del McDonald's, uno tenía que comprar alguna cosa, no digo una hamburguesa con papas fritas (demasiado pesada para la faena que seguía) pero sí un milkshake o un conito helado combinado por 50 centavos de peso-dólar. Uno

comía lo que había comprado y de paso relojeaba el salón: si había otro interesado, la excursión a la tetera del primer piso era casi inmediata, con uno que subía primero y otro que subía un minuto después para no levantar sospecha. Pero si no había ambiente (así se decía, “no hay ambiente”), uno se iba al baño a riesgo propio de confiscar la tarde a la espera de otro urgido. Casi siempre aparecía alguno y se volvía a casa satisfecho. Y aunque el baño del McDonald’s era un lugar al que se iba solo, con los amigos de más confianza se sinceraba: cuando se le imponía la urgencia del desahogo, Javier decía que iba “a buscar un combo” o que estaba dispuesto “a agrandar el pedido”.

Lo que nunca vi en los baños de McDonald’s, pero sí en las teteras de las estaciones grandes, fue un *glory hole*, el “agujero sagrado” calado en la parecita de un cubículo en el que uno introducía la parte saliente de su anatomía para que fuera atendida a ciegas del otro lado. La pared de fórmica del cubículo del McDonald’s, siempre lustrada por la franela, solo estaba mancillada por los mensajes que algunos grababan con la punta de una navaja: un nombre masculino seguido por un número de teléfono fijo cuya característica permitía deducir en qué barrio vivía y la maldición eterna a quien vea esta frase, “puto el que lee”.

“CC 202 - Desafío a activos superdotados sin límite a competencia sexual. Soy pasivo, delgado y atractivo, con cola de ensueño, estrecha pero elástica, que tomará todo lo que puedas darle hasta que pidas clemencia. Si no te animás solo, traé a tus amigos.”

En la esquina de enfrente del McDonald's estaba El Olmo. Está, todavía. Mano derecha de Santa Fe en dirección al centro, toda una esquina con mesas de fórmica, lámparas dicroicas y plantas de plástico que definían la tipología arquitectónica de los 90: el pizzacafé, un engendro gastronómico que respondía a una necesidad comercial (ofrecer servicio durante todo el día, aun en las horas muertas entre el almuerzo y la cena) y que se distinguía por su infalibilidad en la falla porque no eran ricas las pizzas ni bueno el café. El encanto de El Olmo pasaba por otro lado: los que todavía estaban verdes para la discoteca u otros lugares más jugados de levante iban de noche a tomar un café con leche, una gaseosa o una cerveza y relojeaban a la concurrencia. La polaridad etaria era evidente: en unas mesas, señores muy grandes; en otras, pibes muy jóvenes (la generación intermedia no existía en las mesas de El Olmo). Los señores muy grandes frecuentaban el pizzacafé desde la década del 60, cuando reemplazó a una confitería que desde el nombre delataba las pretensiones aristócratas de la avenida Santa Fe y el Barrio Norte: se llamaba Pedigree. Esos señores habían madurado sin la necesidad de cuestionarse los mandatos de lo gay: eran de la época en que "homosexual" era un adjetivo y no un sustantivo, de cuando pasaban por tíos solterones y excéntricos ante sus familias (nadie preguntaba ni decía) y el matrimonio o la adopción eran sencillamente para otra gente. Ellos vigilaban el salón desde las mesas del fondo, las más pegadas a la pared, y llevaban el escrutinio de todos los que entraban. Los pibes muy jóvenes íbamos a ver a otros como nosotros en el ambiente seguro de una confitería iluminada que no tenía nada de antro. Recuerdo mi primera vez en El Olmo. Había leído en una revista de actualidad un informe sobre la noche gay de Buenos Aires que incluía un mapa con los lugares característicos. Desde mi barrio tomé el colectivo y bajé en Plaza Italia, lejos de esa esquina. Las cuadras que debía caminar me dieron algo del valor que me faltaba y cuando llegué a Pueyrredón respiré hondo y, dudándolo muchísimo pero ya jugado, abrí la puerta vidriada de El Olmo, con tanta mala suerte que me crucé con un compañero de trabajo de mi vieja que salía cuando yo entraba. Gaucho, no le dijo nada.

A veces los señores muy grandes de las mesas del fondo invitaban con un trago a alguno de esos pibes muy jóvenes y la velada transcurría ahí mismo, ya no como previa del boliche al que ninguno de ellos iba a ir (unos por viejos; otros por jóvenes) sino como un living público que tenía el tono de una tertulia con toqueteos bajo la mesa. Los mozos de chaqueta blanca eran zorros: conocían a los señores muy grandes, todos ellos viejos clientes de la casa, y les marcaban con una mirada cómplice el ingreso de una presa fresca. ¡Como si hiciera falta! No se les escapaba una. En una mesa grande atendía un señor conocido con el pelo teñido de un marrón

inclasificable en cualquier escala cromática natural que recibía y despachaba a jóvenes en musculosa a los que enviaba hacia direcciones anotadas en papelitos. Y era común verlos por ahí al escritor Juan José Sebreli o al productor teatral Lino Patalano, quien una noche me develó sus dotes como lector de labios: estábamos con un amigo en una mesa lejana y nos dijimos en broma lo parecido que estaba a un hirsuto cantor folklórico; al rato, fui al baño y me crucé a Lino, que me dijo “mucho gusto, Horacio Guarany para servirle”.

La vida de El Olmo se extendía durante toda la madrugada y con el amanecer, los mismos que habían estado tomando cerveza o fernet pedían un café con leche con tres medialunas de manteca. Las mesas tenían una configuración distinta a la de unas horas antes: como también se decía en los cines porno, donde los espectadores cambiaban de butaca para favorecer los encuentros nuevos, allí se “jugaba al ajedrez”, que era el intercambio de clientes de una mesa a otra. Pero casi todos se iban solos a su casa y caminaban, a pesar del cansancio, para explotar la posibilidad de conocer a uno que estuviera en la misma, la mesa de saldos de la noche: el rejunte de los que no habían levantado. Ya con la claridad del día, la mano derecha de la avenida era una procesión de almitas en pena, una confirmación de la picardía de aquellos que le cambiaban el nombre y la llamaban “avenida Santa Gay”.

Eran tiempos vertiginosos. Mis primeros pasos como adulto estuvieron repletos de compromisos sociales y encuentros festivos: la inauguración de una galería de arte en la calle Florida, donde el traspié de una moza volcó una copa de champagne sobre el vestido de la hija del presidente, el estreno de una obrita independiente de Martín y Diego en la que endulzaban los versos más amargos de Oscar Wilde o la maratónica carrera de los boliches, con asistencia casi perfecta de viernes a domingo. A mí, que me habían apodado El Abuelo en los primeros años de la secundaria, por mi afición a leer los diarios y a preocuparme por los temas de los mayores, me espantaba la idea de perderme la juventud.

Pero no hubo acontecimiento más importante que el tributo a Madonna que Martín y Diego montaron con entusiasmo digno de obras mayores. El propósito, tan loable en lo artístico como cualquier imitación que un fan obsesivo pueda hacer de las cabriolas de su ídolo, era recrear los videos de Madonna en un registro que iba del homenaje a la parodia. Compraron telas vinílicas de saldo en el Once para imitar los trajes y los látigos de *Human Nature* y amontonaron una doble fila de cajones de manzanas para representar el balcón de *Evita* en un rincón del monoambiente de Tribunales. Con los amigos de amigos y los conocidos de conocidos pasábamos noches

interminables recortando tafetas para hacer vestidos, clavando mamposterías de telgopor en las paredes, maquillando a quienes serían los actores principales, los de reparto y los extras. Una vez por semana, generalmente los jueves, el departamentito de Martín y Diego se transformaba en un set de grabación y Sebastián, el novio de una amiga de ellos que estudiaba cine, registraba las actuaciones con una cámara que grababa en VHS y después editaba los videos en las horas muertas del canal de televisión donde trabajaba. Pero el corte final lo tenían Martín y Diego, súbitamente transformados en directores tan tiránicos como dos pequeños John Huston y Orson Welles. Ni hace falta decir que La Viuda tenía el acceso prohibido a nuestras sesiones de videomímica: había ido una noche, o dos, y había dicho que todo eso era una pavada, que éramos unos ridículos, que Madonna era una tarada y que la última diva de la música pop era Violeta Rivas.

Cada estreno de un videíto, haya sido la versión convertible de *Vogue* o de *Express Yourself*, se presentaba en una gala doméstica, con el monoambiente abarrotado de gente que apenas podía respirar. Era un pequeño gran acontecimiento. Al cruzar la puerta de entrada, una tira de raso simulaba la alfombra roja que enseguida terminaba hecha un trapo de piso. En una mesa lateral se ponían copas de plástico y botellas de fernet, cerveza y Pronto Shake que aportábamos todos en vaquita. Al fondo, el televisor de veintiuna pulgadas mostraba una señal de ajuste y antes de la exhibición Martín se presentaba como maestro de ceremonias (todavía conservo la foto de una de esas noches: él, siempre dispuesto para el despelote, usaba tiradores y moño negros sobre el pecho desnudo que delataba el crecimiento anárquico de unos pelos ensortijados pero siempre talados; parecía un stripper). Desenvuelto y locuaz, Martín decía unas palabras filosas en el amable tono de la broma, Diego apagaba las luces y los demás, en un arranque de histeria colectiva, aullábamos como hienas y aplaudíamos como focas cuando empezaba el video que nos mostraba a nosotros mismos unas semanas antes, vestidos, peinados y maquillados para representar los papeles de diva, galán, amiga, enemiga o bailarín sin letra (yo nunca actué). Estábamos contentos, nos sentíamos libres. De esas noches, que se prolongaron durante meses porque el objetivo, nunca cumplido de tan ambicioso, era replicar la videografía completa de Madonna, nacieron noviazgos largos, romances cortos y polvos fugaces y era tal la hilaridad general que Sebastián grabó varias veces las reacciones de la audiencia en unos videocasetes que se perdieron: hoy sería lindo, aunque probablemente intolerable por lo cruel que fue el tiempo con nosotros, vernos a los veinte, doblados de la risa, con los ojos húmedos por el alcohol, la calentura y la carcajada.

Una noche de esas, tardísimo, al regreso de una grabación o una

gala en la casa de Martín y Diego, sonó el inalámbrico de mi departamento. Atendí.

—Tenemos que hablar —me dijo La Viuda, sin siquiera saludarme —. Me estoy muriendo.

La enfermedad corrió por su cuerpo a la velocidad de un bólido: tomó órganos, vísceras y huesos con un furor asombroso, me dijo. Era una variedad especialmente cruenta de ese mal espantoso que en mi familia ni se nombraba, para ahuyentar la mufa o atenuar la posibilidad, siempre ominosa para el hipocondríaco o el fatalista, de invocarlo. "Tiene la papa", habría dicho mi padre, como dijo de mi abuelo cuando enfermó y murió al poco tiempo. La imagen gráfica, crudísima por lo evidente de la comparación, de un tubérculo brotado de modo incontrolable se me aparecía en la cabeza cada vez que pensaba en La Viuda y recordaba lo escueto de su diagnóstico:

—Estoy todo tomado.

Órganos, vísceras y huesos. Todo. Como la germinación que hacíamos en el colegio, esa semilla envuelta en papel secante adentro de un frasco de vidrio que, al cabo de un mes y aun sin alertar de su crecimiento vertiginoso con lo espantoso de su olor, aparecía brotada de manera anárquica y asimétrica por todas partes. Con ese infame método de aliviar el dolor que consiste en culpar a la víctima (por no haber hecho más ejercicio, por no haber comido sano, por no haber dejado el cigarrillo a tiempo), lo acusé en secreto: me dije, como razón cabalística para la fatalidad, que tanto bromear con la muerte, invocar a los ídolos finados y vestirse como un misterioso hombre de negro habían tentado demasiado a la suerte. Y aunque los anteojos, el pañuelo y la capa negros ya estaban en el momento fundacional de nuestra amistad, y su luto eterno era motivo de chanzas para los amigos que teníamos en común, nunca más usé su apodo.

Tal vez porque ya empezaba a saberse que tener VIH no significaba necesariamente morirse, con Javier y otros amigos nos permitíamos el humor negro: lo llamábamos "el premio mayor". Con la lógica de una quiniela, de algún conocido al que una fiebre perdurable o una tos persistente le hicieran confirmar el diagnóstico decíamos "se sacó el premio mayor". Es que el tema todavía circulaba en las conversaciones cotidianas y la televisión, donde un programa cómico parodiaba la campaña famosa del "póntelo, pónselo" a favor del uso del preservativo y los humoristas envueltos en látex se daban golpes uno contra otro: dos forros.

Las mismas revistas que traían los anuncios de contactos también publicaban notas y hasta suplementos sobre el tema y yo, con una temprana vocación archivística, siempre fallida por lo perezoso de mis

hábitos y lo impreciso de mis métodos, todavía conservo. El cuadernillo *NX Positivo* de la revista *NX* ("periodismo gay para todos", era su lema) tiene este título de tapa: "SIDA, de la epidemia a la pandemia". Y la bajada extiende a la salud sexual el debate que ya era urgente en los 90 tardíos de la Argentina: "A veinte años de su aparición mediática, el sida se travestizó: dejó de ser rico, masculino y puto para pasar a ser pobre, femenino y joven. Esto es un logro del Primer Mundo". Mientras se inauguraba un shopping bonaerense que prometía ser "Miami a diez minutos del Obelisco", el cuadernillo incluía direcciones en Lomas de Zamora, Rosario o Salta donde se atendía a portadores de VIH o se organizaban grupos de reflexión y apoyo para pacientes y familiares. Los avisos publicitarios eran elocuentes: "Esta línea contagia información", decía una pieza que publicaba un número de teléfono fácil de recordar, recién precedido por un 4 intruso, que ofrecía información sobre profilaxis y medicación. La revista también publicaba avisos de psicólogos especializados en la contención emocional de seropositivos, de abogados que ofrecían sus servicios legales en litigios por discriminación y hasta de detectives que prometían averiguar cualquier dato privado de algún sospechoso. La retórica profiláctica copaba el discurso: una nota sobre antivirus informáticos llevaba el título "¡Ponele forro a la PC!".

En mi casa familiar siempre se compraron revistas (gracias a una nota en *Noticias* sobre "la noche prohibida de Buenos Aires" me orienté por primera vez hacia la avenida Santa Fe) y entre las pilas que se inclinaban como la torre de Pisa en la mesita debajo del inalámbrico durante un buen tiempo sobrevivió el ejemplar de una revista de actualidad (¿era *Tal cual* o *Semanario*?) que titulaba "La peste rosa en la Argentina" aunque la enfermedad ya tenía nombre propio: egresado de la secundaria en esos mismos noventa, me había iniciado en la juventud escuchando la palabra SIDA a cada rato, aun en la escuela de curas, donde un catequista piola (siempre hay uno de esos) nos hablaba del forro en cada reunión del grupo de los sábados. Con más voluntad que probabilidades, mis amigos del colegio y yo salíamos con un forro guardado en la billetera desde primer año.

Y aunque se nos hablaba del VIH todo el tiempo, nada de nada (ni siquiera la muerte de Rock Hudson unos años antes porque, bueno, "él se la buscó", como dijo mi tía Alcira) nos impactó más que aquel capítulo de la telenovela *Celeste* en el que la malísima Dora Baret descubría que se había sacado el premio mayor. "¡Me contagió, me contagió, me contagió…, asesino, asesino, asesino…!", gritaba histérica mientras escuchaba a su esposo Arturo Maly decir que tenía la enfermedad en un (falso) programa de televisión acompañado por el (auténtico) activista Roberto Jáuregui. Fue un shock para todos. Si

es cierto que la vida no imita al arte sino a la televisión, en el corte comercial, un aviso del Ministerio de Salud remataba: "SIDA, que no te sorprenda".

Al principio de *Memorias de Adriano*, un libro que leíamos como rito bautismal del amor entre muchachos, Marguerite Yourcenar escribe que cualquiera puede morir súbitamente pero el enfermo sabe que dentro de diez años ya no estará vivo. En el caso de Javier, desesperante de grave y urgente, ese margen de duda no abarcaba los años sino los meses. El perfil de su muerte se percibía como se ve la línea de la costa desde un barco que está cerca de atracar. Un director de cine al que admiraba mucho, él también muy enfermo, publicó sus memorias: en el libro decía que la percepción de que saber que uno se está muriendo lo hace sentirse más vivo es un error. Estaba menos vivo porque tenía menos vida por vivir y no podía dar toda su atención a ninguna cosa porque una parte importante de su cabeza estaba siempre pensando en su salud. A Javier la enfermedad no le despertó el impulso vitalista de apurarse a hacer lo que tenía pendiente porque le quedaba poco tiempo: dedicó lo que le restaba de vida a prepararse para morir.

—Ay, vida mía, me duele todo.

—¿Dónde exactamente te duele?

—Todo.

Y así. La imprecisión vaga ayudaba a transmitir la idea de una invasión devoradora: no había un foco específico de dolor ni una punzada aguda porque no había solo un órgano afectado. Como todo en él, había mucho de teatral también en la enfermedad. Aunque su apariencia no delataba ningún signo del mal o su tratamiento (no perdió el pelo ni las mañas, ni siquiera un gramo de peso, pero seguía envuelto en un chal negro y con el paraguas como bastón), decía quedarse sin aire en cada trotecito que daba cuando se apuraba para alcanzarme mientras paseábamos por Corrientes o cuando llegaba a mi encuentro, cerca de la estación de Once. La enfermedad lo clausuró y a mí con él. De pronto, tan súbitamente como se había manifestado el mal, no hubo más funciones de teatro ni cenas con amigos: los encuentros se daban en confiterías donde yo tomaba café y él, un tecito hirviendo; en mi departamento, donde veíamos las películas de Zully Moreno o Hugo del Carril que ya eran parte de mi acervo personal como alumno suyo en la materia cine argentino clásico; o en su casa, a la que fui una o dos veces más.

—Todo esto va a ser tuyo —dijo una tarde y en un gesto de magnificencia señaló con el brazo completo hacia las cuatro paredes empapeladas con películas en VHS, las de Disney, las comedias

musicales, las clásicas de Hollywood, con la ampulosa gravedad del padre que apunta a un campo, un viñedo, una fábrica o un astillero y muestra al hijo lo que será su herencia.

—Cortala, querés. No te vas a morir.

Y él que sí, que sí. Educado en el mutismo cabulero de mi familia, yo nunca mencioné la enfermedad por su nombre: las seis letras escribían el sinónimo de lo fatal. Entonces el diagnóstico flotaba entre nosotros como esas cosas que sin ser dichas se saben. Y ese secretismo, que amparado por mis miedos consentí desde el principio, habrá sido el mismo que escondió los detalles de su condición a su madre, porque cuando Graciela trajo a la habitación de Javier sus galletitas caseras no solo no se veía nada angustiada o dolida sino distraída y hasta alegre, un estado de ánimo incompatible con el drama de una madre que estaba a punto de perder a su hijo mayor.

“Amigo mío (vida mía)”: así empieza la carta más triste que me escribió.

“No tengo palabras para describir lo que valoro tu presencia en este tan duro trance que me toca vivir, así como no puedo dejar de alegrarme al saber que yo también con el paso del tiempo ingresé a tu corazón, cosa que al principio me pareció medio difícil (espero que no te ofendas).

”En cuanto a la idea de la muerte, creo que ya no me asusta tanto; eso sí, me molesta muchísimo el camino, que si bien comprende muchos reconocimientos, también trae defraudaciones, las cuales no me dejan tener una agonía en paz. A lo mejor la mía es una postura egoísta y caprichosa pero no quiero morirme, quiero quedarme por lo menos sesenta o setenta años más acá; sí, suena a disparate, pero es así. Me quiero quedar con los que amo y me aman.

”No dudes en llamarme si tenés algún momento de angustia, esté o no en la Tierra, vos sabés que yo tengo soluciones para todos menos para mí.

”Si bien estoy preparando una ‘gira’ que me llevará a un incierto ‘viaje’, si me voy no tengas dudas de que siempre te voy a acompañar (misticismo, o locura, no te olvides de Niní, Sandrini y yo, por citar algunos ejemplos).

”Ojalá que esto no sea una despedida sino un simple hasta luego”.

Es la carta más larga que conservo de él. Acá está resumida. También incluye el repaso de un par de anécdotas compartidas que ya no se repetirán (una cena en casa del gordo Bergara Leumann y una salida a la discoteca de la calle Anchorena), el lamento amargo por

unas hemorragias nocturnas que no lo dejan dormir igual que el desprecio de un amor suyo que no se hizo tiempo para verlo en su lecho de agonía (no lo recuerdo), el orgullo por una “nómina de 62 adhesiones” de famosos que reconocieron su valía en esos momentos tan duros (ni idea de qué habla), una enumeración de mis virtudes (el pudor me impide transcribirlas) y un deseo por triplicado que curiosamente escribe con mayúsculas, como si fueran los nombres propios de una santísima trinidad: “Éxito, Éxito, Éxito”.

Hoy, tantos años después, releo esa carta y en mi cabeza suena con la voz de Juan Carlos Aguirre, el locutor engolado de los desfiles de Ante Garmaz, o de un director de primaria que pide un aplauso para el ingreso de la bandera de ceremonias: me da culpa, sí, pero el tono solemne me resulta tan fiable como la aflicción de un cocodrilo cuando se pone a llorar.

—Para mí no tiene nada —dijo Martín, siempre mordaz, después de dar muchas vueltas para confiarme “una-cosita-que-yo-me-sé”. Pero él no sabía nada. Solo suponía—. Lo suyo siempre fue puro teatro.

—¿Estás loco? —le contesté—. ¿Cómo va a inventar una cosa así?

—¡Como inventa todo! Las películas que no hizo, las amistades con los actores que le regalan plata, los reconocimientos… ¡reconocimientos de qué, me querés decir! ¡Si no lo conoce nadie!

—¡Sí, lo conocen! Eso es lo más raro, ¿sabés? Nos cruzamos con actrices por la calle que le gritan “¡maestro!”, me cuenta que todo el tiempo le organizan homenajes o que la Casa del Teatro va a bautizar una sala en su honor. Y el otro día me invitó a comer a la casa de…

—Le quiere robar la casa. Heredarla, bah. Todos sus amigos tienen ochocientos años así que dentro de poco se va a quedar sin amigos, pero con sus cosas… Acordate lo que te digo: hace este show de la celebridad para lechucear a los verdaderos famosos.

—No puede ser.

—Es. Es. Mirá, yo entiendo que vos lo quieras porque fue tu primer amigo del ambiente y toda la bola. Pero es un chabón siniestro, siempre esperando como un cuervo que un famoso estire la pata. Tenés razón, no hay que decirle La Viuda. Es un viudo negro.

—¿Cómo se te ocurre, Martín? ¿Cómo vas a hablar así de alguien que está tan mal? —le dije. A mí siempre se me dio bien el personaje de defensor de justos y ausentes, pero esa cara de escandalizado que pongo es un truco de zorro viejo: en mi pasmo ante la culpabilidad ajena, conduzco al otro a presentar todas sus evidencias y disparar con sus municiones más letales.

—A ver, decime. ¿De qué vive? ¿Cómo consiguió que tal le haya

hecho un poder para cobrarle la jubilación de Actores? ¿Por qué se queda cada vez más tiempo a dormir en la casa del otro? Y ahora con el temita este de la enfermedad… ¿vos viste algún papel que diga que tiene algo? ¿En qué hospital se trata? ¿Cómo paga médicos y tratamientos si no tiene obra social? Si estuviera tan mal como dice, estaría más flaco…, qué sé yo, más débil… ¡pero come como lima nueva! Podrá engañarte a vos, a Diego, podrá engañar a todos y a Dios y a María santísima, pero a mí no me engaña. Es todo teatro.

—Sos un monstruo, eso sos. No quiero verte más.

Y no vi más a Martín. Tampoco a Diego, ni a todos los amigos de amigos y conocidos de conocidos que compartíamos esas noches de videomanía en el departamentito de Tribunales. Siempre pensé que las amistades a veces deberían tener un final, como tienen los noviazgos o los matrimonios, aunque estemos inclinados a desear, o creer, que sean eternas. La amistad con Martín y Diego fue fugaz y nunca supe nada más de ellos, salvo un pequeño epílogo telefónico que vendría poco después: en tardes especialmente nostálgicas, los busqué en internet con sus apellidos reales y artísticos (porque así eran de ambiciosos, los dos tenían apellidos “mejorados” que, según decían, hacían sus nombres más recordables para productores, colegas y espectadores) pero nunca encontré nada. Nada de nada. Solo sé que no fueron galanes de telenovela, ni siquiera figurantes en obritas teatrales o Susanos de reemplazo para algún feriado y el año pasado, o el anterior creo, cuando ya casi los había olvidado, me crucé en la calle con Camila, una de sus amigas de aquellos años, y cuando le pregunté por Martín y Diego me dijo que no sabía nada de ellos desde hacía mucho tiempo y que así estaba bien porque “no eran de fiar”.

La ruptura con Martín y Diego consagró todo mi tiempo libre a Javier.

El sillón en el que tantas veces había dormido se convirtió en nuestro centro de operaciones: ya ni salíamos porque él decía que sus hemorragias eran traicioneras y que podían sorprenderlo en el primer acto de una obra sin darle tiempo para llegar al intervalo. La vida en el sillón era pura subsistencia basada en grasas, harinas, azúcares y videocasetes: una docena de empanadas de jamón y queso para los dos y un litro de cerveza o Coca-Cola común y cada tanto, como indulgencia, un kilito de helado para el postre mientras veíamos películas viejísimas. Mentiría si dijera que añoraba el boliche porque con mi vocación católica por el sufrimiento y la culpa pensaba que hacía una buena obra y eso expiaba mis pecados anteriores: acompañaba a un amigo en sus momentos finales. No solo eso, mejor todavía, más virtuoso era: de chico, mi abuela me llamaba

cariñosamente “santito” y con esa fruición por la santidad que todos los alumnos del padre Boris teníamos yo abría mi casa para Javier, lo arropaba en el mismo sillón cuando terminaba la película, velaba que durmiera tranquilo, lo despertaba con un café recién preparado (de esa época es mi primera cafetera, una máquina de filtro alemana de color amarillo-patito que aún conservo) y después del desayuno lo acompañaba hasta la parada del 68 que lo llevaba a plaza Once y me iba para el diario. Yo tomaba el 12 o el 39, según cuál llegara primero, pero siempre esperaba que él se fuera antes porque, creo, mi santito interior se relamía con un goce masoquista al momento de mirarlo partir y pensar: “¿Será la última vez que lo veo?”.

Las noches que no se quedaba en mi casa Javier dormía en lo de Enrique, un amigo que le había armado una habitación, o le pedía prestado un sillón al gordo Bergara, sepultado bajo una multitud de angelitos de yeso que lo cuidaban en la madrugada. Era rarísimo que durmiera en su casa y cada vez que se quedaba en la mía yo agradecía secretamente la discreción con que gestionaba los trámites de su enfermedad: nunca lo vi tomar una pastilla ni sufrir los embates de una hemorragia traicionera. Desde el sillón, una noche veíamos *La guerra gaucha* por cuarta o quinta vez y justo cuando Enrique Muiño soltaba una de sus peroratas o Amelia Bence miraba a cámara con los ojos turbios, sonó el teléfono. Puse pausa, fui a atender, hablé y volví en menos de un minuto.

—¿Quién era?

—Era Martín. Quiere que me junte con él a tomar un café.

Javier apretó play en el control remoto y volvió a mirar el televisor. No dijo nada más.

Un filósofo francés con ingenio para las frases y los aforismos decía que estamos tan acostumbrados a disfrazarnos para los demás que al final nos disfrazamos para nosotros mismos. Yo actué de acompañante terapéutico durante esos meses porque sería injusto decir que fui enfermero. Nunca tuve que acercar un vaso de agua para ayudar a Javier a tomar una pastilla ni mucho menos recoger una gasa manchada con sangre. La enfermedad sobrevolaba sobre nosotros pero nunca hablábamos de ella. Hasta esa tarde.

Javier me llamó un miércoles a mi teléfono directo del diario. Si fuera posible percibir en la voz del otro el dolor trastornado, con ese tono ampuloso de los actores clásicos que recitan un parlamento especialmente dramático, diría que esa tarde lo escuché clarito. Me dijo que había llegado el final. Que la enfermedad, esa que nunca mencionamos con su nombre completo, de tan espantoso, había ganado. Que ya no había nada que hacer, que la cosa era terminal, que estaba cansado de pelear. Que se iba. Literalmente, se iba: el fin

de semana se internaría en una clínica de Tandil que daba cuidados paliativos a enfermos en la ultimísima etapa de lo inevitable que, como él, estaban todos tomados y que ya no volvería. Y que me pedía la concesión de un último deseo: que lo acompañe el viernes, antes de su viaje final, a despedirse de su adorada avenida Corrientes.

Era una tarde oscura, de esas en que el cielo parece verde de tan gris. Salí más temprano del diario y lo esperé en Corrientes y Callao, en la esquina del bar La Ópera, al que una vez habíamos ido a merendar (a Javier le gustaban las mesas señoriales vestidas con manteles rojos y blancos). Lo vi llegar caminando a paso lento desde el lado de Pueyrredón, con una cojera que hasta entonces no había advertido aunque sí había notado antes que era medio patizambo, de esos que tienen las piernas muy juntas a la altura de las rodillas y más abajo los pies se separan en direcciones opuestas sin alineación paralela ni elegancia de ballet: una gracia a lo Charlot. Javier estaba vestido de negro: el pantalón, la campera (recuerdo que entonces pensé “más que campera es una parka” y me pareció oportunísimo como chiste de humor negro, pero me lo guardé), un bolsito de cuero tipo maletín y el eterno chal que envolvía su cabeza como una burka musulmana que él sujetaba con la mano izquierda para que le tape siempre la boca (como toda persona de salud débil temía que un golpe de frío lo deje seco). En la mano derecha también llevaba el paraguas, que usaba como bastón. Habían pasado unos pocos años desde nuestro primer encuentro en la puerta del shopping que ya se había construido e inaugurado y él a simple vista se veía igual; pero visto de cerca era el reverso de Dorian Grey: había envejecido cincuenta años. Con esa fijación por forzar los rituales que llenan los huecos de silencio en los momentos en que no sabemos qué decirnos, me saludó con un beso en cada mejilla y repitió una frase de *Esperando la carroza,* una frase especialmente fúnebre que lo hacía hablar en tercera persona con el pesar estentóreo de un viejo que ya fue a muchos velorios y viene zafando del propio: “¡Era una santa!”, dijo de sí mismo.

Nos reímos, pero no mucho. Me tomó del brazo y empezamos a caminar despacito hacia la avenida 9 de Julio. Nos detuvimos en la vidriera de cada negocio donde vendían discos o películas, nos tomamos un café con leche en La Giralda, nos sacamos una foto en la puerta de Los Inmortales sin advertir la ironía del cartel con letras verdes que colgaba ominoso sobre la cabeza del condenado. Llegamos hasta el Obelisco y yo pude ver cómo él lo miró de abajo a arriba con los ojos empañados. Pensé que él pensaba que nunca iríamos juntos a París como nos habíamos prometido pero no dije nada porque no quise subrayar el dramatismo del momento cumbre en que dos amigos se despiden para siempre porque los separa lo inevitable: uno vive y el

otro muere.

Caminamos un par de cuadras hacia el Bajo y evidentemente ya exhausto, con la respiración entrecortada y esa lagunita persistente en el lugar donde va el bigote, como si siempre hubiera estado resfriado, Javier pidió que nos sentáramos unos minutos en los bancos de cemento que estaban en los canteros centrales de la avenida, justo enfrente del cine Maxi (ya no existe). Se hacía de noche. "Hasta acá llegamos", me dijo. Al día siguiente viajaría a Tandil, de donde ya no volvería, y no quería prolongar la despedida del amigo al que había querido como a un hermano. Su madre se encargaría de los detalles prácticos y me avisaría cuando hubiera alguna noticia para dar. Pero ahora solo restaba decirnos adiós con apuro y sin aspaviento, para no andar haciendo papelones en la calle, que somos personas conocidas. Del bolsito sacó un videocasete, el último que me daría, y me pidió que lo vea todas las veces que me acuerde de él pero que ahora me vaya, "andate, andate", me dijo, "no quiero que me veas llorar" y no lo vi porque me fui, después de un abrazo breve, caminando por la 9 de Julio hasta Corrientes, doblando a la derecha, llorando a mares y recordando la frase capital que mi madre repetía en cada fin de ciclo escolar, último día de vacaciones o despedida a un ser querido.

"Todo tiene un límite como tienen los terrenos."

El límite de nuestra amistad fue su muerte.

En el lomo del video, escrito con trazo firme en marcador negro, está mi nombre abreviado a sus primeras cuatro letras y el suyo completo, con apellido (el artístico, no el del documento). Durante años no me animé a verlo pero ahora, que ya pasó tanto tiempo, desembalo una videocasetera que tengo guardada en las alturas del placard, la enchufo al tomacorriente, conecto los tres cables al televisor, uno rojo, uno blanco y uno amarillo, coloco el videocasete en la ranura y aprieto la tecla verde del control remoto.

Play.

Una señal de ajuste en ocho colores (blanco, amarillo, verde claro, verde oscuro, violeta, rojo, azul, negro) acompañada por un persistente pitido.

El trailer de la película *Farinelli, el castrado*.

El trailer de la película *Mulan*, de Disney.

Una placa negra que dice "véala en los mejores cines".

El trailer de la película *El jorobado de Notre Dame*, de Disney.

Una placa negra que dice "estreno en cines: julio de 1996".

El trailer de la película *Hércules*, de Disney.

Un compilado de fragmentos de películas argentinas que el

Instituto de Cine presentaba antes de cada proyección invitando a participar de un concurso con el texto "solo tenés que pedir en tu videoclub el boleto oficial de video".

El anuncio de lanzamiento del formato DVD, presentado como "el disco que lo hace todo" y relatado por el locutor Ricardo Martínez Puente, que dice "las máximas ventajas en imagen y sonido ahora están en tu región 4… incorporate a la DVDmanía".

Las presentaciones animadas de los estudios United Artists, Dreamworks, Aries, EFA, RKO, Geffen, Polygram, New Line Cinema, Orion, Disney, Argentina Sono Film, Fox, LucasFilm, Universal y Warner Bros.

Un capítulo completo (7 minutos) de *Fantasías animadas*, grabado del canal Cartoon Network: *Three Little Bops*, dirigido por Fritz Freleng, en el que los tres chanchitos del cuento tocan jazz y el lobo feroz quiere unirse a su orquesta sin suerte.

Un fragmento del tango *La Yumba*, interpretado al piano por el maestro Osvaldo Pugliese en Argentina Televisora Color.

Con la canción *You Never Can Tell*, de Chuck Berry, un compilado de imágenes de Los tres chiflados, Jorge y Aída Luz, Javier hablando a cámara pero sin audio, las películas *El extraño mundo de Jack* y *Actos privados*, Bugs Bunny mordiendo una zanahoria, Tweety y Silvestre.

Con la canción *Little Green Bag*, de George Baker, un compilado de imágenes del pato Lucas, Tom y Jerry, las películas *Todos dicen te quiero, Tiempos violentos, Perros de la calle, Mi bella dama, La delgada línea roja* y *Vértigo*, y la serie *Los duques de Hazzard*.

Un fragmento de la película *El profesor hippie* en el que Luis Sandrini llora y dice a sus alumnos "la clase ha terminado".

Un baile gitano de Niní Marshall.

Un fragmento de la obra teatral *Salsa criolla*, con Enrique Pinti.

Con la canción *Guantanamera*, de Celia Cruz, un fragmento de la película *Hormiguitaz*.

El crítico de cine Claudio España hablando a cámara pero sin audio.

Un fragmento de un sketch del grupo cómico Los cinco grandes del buen humor, con Jorge Luz travestido y bailando cancán en la playa.

Un fragmento de la película *La furia* en el que Diego Torres llora y dice "¿qué es lo que tengo que hacer para que me quieras?".

Con música de *El Padrino*, un fragmento de las películas *Esperando la carroza* y *El Padrino*.

Con música de la película *Mi bella dama*, imágenes de Luis Sandrini llorando.

Placa negra.

Voz de Jorge Luz cantando "triste… no hay motivo para estarse triste…".

Con música de *Rapsodia en azul*, de George Gershwin, un compilado de imágenes de Mickey Mouse, Gaby, Fofó y Miliki, *Toy Story* y *Los Simpson*.

Con la canción *Brillante sobre el mic*, de Fito Páez, imágenes de Eduardo Bergara Leumann, Niní Marshall, Luis Sandrini, la película *La dama y el vagabundo*, Carlos Gardel, Javier bailando una copla española, Enrique Muiño, Javier en un homenaje a una actriz fallecida, Hugo del Carril, Javier en una muestra de teatro caracterizado como La Campoy y la letra de la canción que dice "Hay recuerdos que no voy a borrar/ Personas que no voy a olvidar/ Silencios que prefiero callar/ Son dos, las caras de la luna son dos/ Prefiero que sigamos mi amor presos de este sol/ Dejar, amar, llorar/ El tiempo nos ayuda a olvidar/ Allá, el tiempo que me lleva hacia allá/ El tiempo es un efecto fugaz/ Y hay, hay cosas que no voy a olvidar/ La noche que dejaste de actuar/ Solo para darme amor/ Y yo vi tu corazón brillante sobre el mic en una mano/ Y ausente de las cosas pensaste en dejarlo/ Y tirarlo junto a mí/ Hay secretos en el fondo del mar/ Personas que me quiero llevar/ Aromas que no quiero olvidar/ Silencios que prefiero callar/ Mientras vos jugás".

Placa de cierre de *Fantasías animadas* con la voz de Bugs Bunny que dice "esto es todo, amigos".

Stop.

El video dura sesenta minutos clavados. Admiro la voluntad, la dedicación y la destreza y hoy me transporto hacia esa habitación de una casa de provincia y me imagino a Javier enfrascado durante noches enteras seleccionando los fragmentos, cortándolos, montándolos y agregándoles música con las limitaciones técnicas de entonces, apenas: dos videocaseteras y un televisor conectados por una maraña de cables. El video replica la experiencia de una función completa (empieza con las colas de las películas, sigue con las presentaciones de los estudios, deslumbra con un elenco multiestelar que ningún director, salvo él, podría reunir y termina con la placa de cierre) pero aunque es valioso como documento sobre los consumos culturales de una época, es más extraordinario todavía como registro de una vida, la suya, la mía o la nuestra: si lo traiciona la egomanía cuando se cuela entre Carlos Gardel y Enrique Muiño, o confirma que mis recuerdos sobre su vestido azul de La Campoy son exactos y se vuelve más sombrío mientras se acerca el final, también demuestra su atención y su cariño en el fragmento más largo, el de los tres chanchitos, un dibujo animado que me fascinaba de niño y que durante años, antes de que existiera internet, estuve obsesionado con volver a ver. Él lo encontró: imagino a Javier haciendo guardia durante madrugadas interminables mirando Cartoon Network hasta

que el capricho de un programador le permitiera apretar las teclas rec y play para guardar el corto como tributo a mí, él tan dado a los homenajes y yo tan anhelante de ser celebrado. Veo el video y recuerdo las películas que fuimos a ver juntos al cine Maxi o al Metro (*Todos dicen te quiero* o *Tiempos violentos*), encuentro sentido en las frases elegidas para cada fragmento y descubro, en la inclusión del maestro Pugliese, un emblema indiscutido de la anti-mufa, que Javier me deseaba buena suerte y daba por concluida su misión de educarme con la magia de los viejos artistas. Y yo ahora deseo que ojalá todos reciban por lo menos una vez un regalo como este, lo más feliz de la experiencia vital editado en una hora o una declaración de amor fraternal: ni más ni menos, la película de una vida.

La clase ha terminado.

Algo más. En la caja del videocasete encuentro una foto, de las poquísimas que conservo. Impresa a color en papel Konica número 18, está tomada en la cocina de mi viejo departamento. Estoy yo: sentado sobre la mesada, con el brazo derecho apoyado sobre mi regazo y el izquierdo extendido, sosteniendo la válvula del piloto del calefón. Es la instantánea de un raro momento de intimidad doméstica, de esos que nadie elige para el recuerdo o la perpetuación: la lucha impar de un hombre contra la porfía de un calefón que se resiste a ser encendido. Llevo una remera azul con un dibujo de Homero Simpson que no me sacaba ni para dormir aunque tenía un agujero en el sobaco izquierdo y sobre la mesada se ven la cafetera de filtro color amarillo-patito, una pava roja con tapa y mango de madera que años después destrozó un perro chúcaro que tuve y el mismo horno a microondas que sobrevivió a varias mudanzas y todavía funciona perfecto (una desmentida evidente al mito de la obsolescencia programada). Y también está él: detrás de mí, no sentado sobre la mesada sino apenas apoyado. Lleva una camisa de seda gris oscuro metida adentro de un pantalón de vestir sujeto con un cinturón de cuero y aun en su delgadez se sugiere el bombo redondeado de una barriga incipiente. Los dos miramos a la cámara e ignoro quién estaba detrás de ella: yo con una expresión de cansancio cómico, como diciendo "¡maldito calefón!" en el remate de un chiste, y él con una mueca que pasa por sonrisa aunque, bien mirada, no conjuga con la expresión vacía de sus ojos. Su mano izquierda está sobre mi hombro izquierdo y su mano derecha, sobre mi hombro derecho. Me agarra de atrás. A simple vista parece una muestra de apoyo que lo pone a él de mi parte en la lucha contra el calefón. Pero también sus dos manos grandes sobre mis hombros, tan cerca de los costados de mi cuello, podrían hacer pensar que está a punto de estrangularme.

La muerte de un amigo clausura una vida compartida que solo existe entre esas dos personas y, aunque responda una pregunta existencial que el neurótico siempre se hace ("¿quién de los dos se irá primero?"), plantea otras para las que no hay respuestas. ¿Podríamos haber pasado más tiempo juntos? ¿Y a mí cuánto me queda? ¿Fui un buen amigo? El duelo fue lento y doloroso: sin amigos ni conocidos en común, porque la nuestra era una amistad de dos primeros actores en la que los demás eran extras o figurantes, fue una despedida en silencio. Nunca me llamó Graciela, su madre, y aunque me daba culpa reconocerlo para mí era un alivio. Tal vez por eso yo tampoco la busqué. ¿Qué podría decirle? ¿Cómo evitar que el pésame sonara falso o artificioso con mi aptitud natural para las palabras rimbombantes? Durante meses evité la avenida Corrientes porque para mí era sinónimo de él: las marquesinas de los teatros, las cortinas blancas de Edelweiss y las luces de las disquerías alumbraban su ausencia. Pensaba en la muerte de Javier todo el día y en la parada del colectivo o en la máquina de café del pasillo del diario, cuando quería disimular los ojos llorosos y la garganta anudada, le hablaba en mi cabeza con las frases de *Esperando la carroza* más oportunas para un velorio sin finado: "Le acompaño en el sentimiento" o "¡qué tragedia más horrible!". Y entonces me reía bajito y me sentía mejor porque creía cumplir con uno de sus deseos finales: que lo recuerde con una sonrisa, como piden los capocómicos cuando el final está anunciado. Con mala suerte para los castings, Javier encontró en la muerte el papel de su vida: por fin, compañero de elenco de Gardel y Muiño.

En los meses que siguieron a la partida de Javier me concentré en el trabajo. Aun a riesgo de sonar como un veterano, diré: ¡qué tiempos aquellos! El periodismo todavía ofrecía una promesa. El gran diario en el que estaba trabajando pasaba a imprimirse a color y la máxima que circulaba por la redacción guardaba en su entraña el huevo de la serpiente: había que hacer un diario que se pareciera a la televisión (y para "un lector que no lee", según el diagnóstico de un semiólogo que habían contratado para analizar los comportamientos del público). Fue el principio del fin. Pero antes, los últimos acordes de la orquesta: cuando te contrataban, lo primero que te preguntaban era si tenías pasaporte al día, porque se viajaba mucho, y cuando no tenías (mi caso) te mandaban a ver al gerente de personal, que te escribía en un papelito una dirección de la calle Azopardo y el apellido de un comisario (el pasaporte todavía lo emitía la Policía) y te dejaba ir un rato antes, ¡rápido!, no vaya a ser que te salga un viaje hoy mismo. Las instrucciones eran escuetas y precisas: "Acercate al mostrador de atención al público y mostrá el papelito, ellos van a saber qué hacer". Así fue. Supieron. Esa misma tarde volví a mi casa con un pasaporte

flamante, anhelante como todos los pasaportes vírgenes de ver sus páginas completas de fechas selladas en aeropuertos lejanos.

Mi primer viaje fue a Nueva York, aquel que supuso una gran preocupación para Javier porque temía una helada en verano; y el segundo, a Miami, enviado por el diario de la Argentina para cubrir un desfile de modas, circunstancia singular que me permitió pasar una noche con Ivana Trump, su hija Ivanka, Faye Dunaway, Verónica Castro y su hermana. De esos cruces insólitos estaba hecho el periodismo de los 90, con presupuesto ancho para el viajecito, a veces hasta uno por semana (un periodista famoso confiesa suelto de cuerpo que compró su departamento con los viáticos que le daba el gran diario, y él nunca devolvió, para sus viajes a partidos de fútbol o peleas de boxeo). En aquel viaje a Miami compartí habitación con un fotógrafo de la revista *Gente* y los dos, advertidos de que los cargos del frigobar estaban incluidos, armamos un arsenal de botellitas de vodka y whisky que a la vuelta repartimos entre los compañeros que se quedaron en las redacciones respectivas, esperando que el viaje siguiente les tocara a ellos. Para no tener problemas en la Aduana, él escondió las botellitas entre los rollos Kodak que volvían repletos de imágenes de discotecas y palmeras.

Miami era la meca. Por la avenida Collins, un malón de argentinos cargaban bolsas de compras con el logo de marcas internacionales y para el almuerzo o la cena, algunos en plena autoconciencia de la parodia pero la mayoría apenas por gusto o facilismo, pedían el menú de la época: pizza con champán (años después fui amigo íntimo de Sylvina Walger, la periodista que concibió esa receta como síntesis perfecta de los 90 y que murió antes de escribir la fórmula culinaria que para ella definiría la década siguiente: cordero con Malbec). Se escuchaba el acento argentino en la playa o en el shopping y de todos los centros comerciales el más deseado era el de Bal Harbour, con sus pasillos al aire libre y boutiques de marcas lujosas en las que el turista indeciso entre unos pantalones blancos o cremitas terminaba concediendo, con arrogancia y ligereza: “Deme dos”. En Miami, algunos argentinos conjuraban el eterno complejo de lejanía y se sentían por primera vez integrados al mundo. Pagaban en pesos los pasajes de alguno de los diez vuelos diarios de American Airlines hacia el Aeropuerto Internacional de Miami, toda una novedad para familias de clase media como la mía, en la que el único que había ido a pasear lejos era el tío Tito, que visitó los Estados Unidos a principios de los 80: toda la parentela, unas quince personas ruidosas y emocionadas, fuimos a despedirlo desde la terraza de Ezeiza, que tenía una confitería que daba directamente sobre la pista y permitía ver a los pasajeros a través de las ventanillas hasta el mismísimo despegue. De ese viaje el tío Tito nos trajo una consola de videojuegos Atari, que

no funciona pero todavía conservo.

Una emoción parecida fue la del día en que mi nombre y apellido debutaron en el gran diario. Aunque había visto las pruebas de imprenta, esa madrugada dormí mal, preocupado ante la posibilidad remota de una tragedia de último minuto que obligue a suspender la tirada, reemplazada por el título catástrofe que anuncie "¡GUERRA!". En mi casa se compraron varios ejemplares del diario que traía mi primera nota, todavía impresa en blanco y negro. Era lunes: un inicio. Aquella promesa parecía infinita porque el pasaporte recién nacido auguraba muchos viajes y la época, un crecimiento sin fronteras, repleto de posibilidades, ascensos, premios y dólares.

El periodismo de hoy es como el crimen: no paga.

Las privatizaciones trajeron una renovación del parque tecnológico general, desde la facilidad de contratación e instalación de los teléfonos fijos (una década antes, un familiar cercano había alcanzado el récord de espera por la línea que prometía el plan Megatel de la empresa estatal, ¡cinco años!, y cuando le instalaron el aparato, de la emoción que tenía, solo se le ocurrió llamar al 113 para que una grabación le confirmara la hora oficial) hasta la aparición de los primeros celulares, no injustamente apodados "ladrillos" por su volumen, peso y contundencia en la improbable, pero posible, ocasión de tirarlo contra la cabeza de alguien. El levante remoto también se modernizó. De a poco, el sistema de contactos impresos de las revistas para adultos, con su peregrinar periódico a la casilla de correos, fue reemplazado por servicios telefónicos conocidos por un nombre en singular, aunque había muchos: "la línea". Eran números precedidos por la cifra 0600 en los que el método era parecido al anterior pero ahora uno grababa un mensaje con su descripción y sus ambiciones y ese mensaje se acoplaba a una cinta sin fin con los mensajes de todos los que estaban en ese momento conectados; si uno estaba interesado en el mensaje ajeno, apretaba números que conducían a distintas acciones: el uno para responder un mensaje con otra grabación, el dos para saltear o bloquear al susodicho, el tres para conversar en directo. Y algo parecido para escuchar o responder los mensajes de los interesados en uno, si los hubiere. En una revista encuentro un aviso de la línea que promueve sus ventajas: "Gay, bisex, osos, sin registración previa, sin códigos, acceso automático, conversación en conferencia, dos salones de chat".

La línea era un avance fenomenal: si los tiempos dilatados de los contactos de las revistas suponían un drama para el ansioso, aquí la cuestión se resolvía con la urgencia de una llamada telefónica en plena noche. Para el desconfiado, la voz del desconocido prometía una

prueba de identidad mayor que la letra fría del anuncio impreso: tenía amigos ya expertos que se habían especializado en detectar la gravedad impostada que disimulaba una expresión aflautada y en descubrir a los veteranos que, aun usando expresiones de moda por entonces, como “transar” o “¡qué masa!”, eran delatados por una carraspera ligera en su esfuerzo por hacerse pasar por machitos onda nada que ver. Había quienes ponían voz de locutor de FM Horizonte (“… en la gran ciudad, ¡una nueva hora comienza!”) y quienes ponían voz de nenita o de esclavo sumiso y no existía nada más frustrante que esas sesiones de poca concurrencia telefónica, vacías como la pista de un boliche de pueblo a mitad de semana, cuando la cinta repetía el mismo mensaje grabado cada otros tres o cuatro y uno no se decidía a cortar o esperar un poco más, siempre con el deseo de escuchar, tras ese mensaje mil veces repetido, uno nuevo. Era la trampa mayor del sistema: a diferencia de los viejos anuncios impresos, que eran gratuitos y funcionaban gracias a la voluntad de un amanuense editorial que despachaba cartas entre interesantes e interesados, el sistema telefónico cobraba una tarifa por minuto. El objetivo era que uno se eternizara en la espera de la voz anhelada y la ilusión mutaba en drama a fin de mes, cuando llegaban facturas de cuatro dígitos engordadas por el oneroso cargo de la línea, 45 centavos de dólar más IVA cada 60 segundos.

Viajé a Nueva York, a Miami, a San Francisco, a México, a Brasilia y otra vez a Nueva York. Mis notas en el diario empezaron a llamar la atención de lectores y jefes, publiqué reportajes en algunas revistas, leí mucho y en una carambola de oportunidades en la que todo cuadró para salir bien, dejé el dos ambientes minúsculo y me mudé a un departamento mucho más grande, muy cerca uno del otro. Originalmente era una casa de fines del siglo XIX que había sido expropiada y loteada por el primer peronismo y cada departamento estaba en estado de semidestrucción pero conservaba los pisos de roble de Eslavonia y las puertas con cristales cincelados. Lo mejor era que tenía un entrepiso que ocupaba toda la superficie al que se subía por dos escaleras de madera, una al frente y otra al fondo: cuatro ambientes en dos niveles (“atípico”, decía el aviso inmobiliario en los clasificados) sobre una calle recoleta.

Invertí bastante de mi tiempo y el poco dinero que me quedaba en mejorarlo de adentro hacia afuera, con la voluntad auspiciosa del que llega a un lugar para quedarse: renové las cañerías, actualicé la instalación eléctrica, cambié los zócalos apolillados, repuse los vidrios rotos, pinté las paredes. Ese departamento fue mi proyecto de vida y no aflojé ni siquiera cuando un amigo arquitecto fue a visitarlo y me

dijo “está hecho pelota, ¡es muy deprimente!”. En uno de los ambientes de arriba, el más grande, instalé un escritorio, una biblioteca de pared a pared y una mesita con cafetera y juego de tazas junto a la ventana: era mi cafetería personal, el lugar donde leía o escribía mirando caer la tarde. En el ambiente de abajo, un futón nuevo se convertía en una cama de dos plazas para dar refugio a algún amigo trasnochado; frente a él estaba la misma mesa ratona con la tapa de madera y el cajoncito de las llaves y más allá, un televisor de 29 pulgadas que pasaba películas en continuado.

Ya emancipado y egresado de la primerísima juventud, aprobé mi doctorado en adultez con ese departamento: más preocupado en pagar las cuotas del crédito en dólares que en gastar en ropa o salidas, mi foco estaba en el trabajo y ya no hubo tantos tributos noctámbulos a Madonna ni maratones al boliche. En una variación leve del mandato peronista, iba del diario al gimnasio y del gimnasio al departamento, donde cada noche me esperaba una tarea nueva: un enchufe en corto o un zócalo díscolo. Era el Sísifo de los arreglos. Y aunque entonces hice amigos nuevos, los cuales todavía conservo, esos fueron amigos de la adultez: leales y cuerdos, jóvenes que vivían en sus propios tiempo y espacio. Cada tanto me sorprendía a mí mismo recreando diálogos perdidos de *La guerra gaucha* o respondiendo a un extraño como lo habría hecho Niní Marshall o repasando las rimas de una copla española pero esas escenas antiquísimas se fueron espaciando cada vez más y, aunque nunca llegué a olvidarlas del todo, estoy seguro de que no las tenía en mente esa tarde en que sonó mi teléfono directo del diario y al atender escuché la voz que me dijo cuatro palabras:

—Vida mía, soy yo.

El milagro desconcertó a los médicos. Así dijo, “milagro”. Nos encontramos esa misma tarde en la confitería Ouro Preto de la avenida Corrientes, donde yo llegué primero. Me senté en una mesa junto a la vidriera y pedí un café. Tenía las manos calientes y la nuca fría. Estaba temblando: Javier no quiso adelantarme nada por teléfono, solo me transmitió la urgencia del encuentro. Egresado de la universidad de la telenovela, lo imaginé como un despojo físico, apenas un reflejo descolorido del tipo alto que era, los ojos hundidos en una calavera cubierta por una piel del grosor del papel manteca, un saco de huesos incapaz de llenar los pliegues del traje seguramente negro (la telenovela es el arte popular de la exageración: como en una versión con anabólicos del principio dramático de Chéjov, ese que dice que si en el primer acto hay un rifle colgado en la pared en el tercero ese rifle deberá ser disparado, o en caso contrario no debería haber estado ahí, en la telenovela una tos persistente es síntoma inequívoco

del final del contrato para ese actor: antes del fin de semana, su personaje habrá muerto). Apenas tuve tiempo de pensar cuando vi abrirse la puerta y una sombra negra voló hasta mi mesa:

—¡Vida mía!

Paradójica apelación a lo vital para alguien a quien yo creía muerto.

—¡Vida mía, vení, dame un abrazo!

Me levanté y lo abracé. Un primer chequeo sensorial no encontró nada distinto: el perfume a loción masculina para después de afeitarse, la consistencia corporal del que tiene huesos grandes y músculos largos que nunca fueron cultivados, el jopo negro con brillo de fijador y el aspecto de siempre, quizás un poco más delgado.

—Ay, mi querido filipipón, no sabés lo que imaginé este encuentro…

—No… no… no lo puedo creer, estoy temblando —respondí con los ojos húmedos y la voz entrecortada—. ¿Qué pasó?

—Ya ves. No me morí. Fue un milagro.

Eso dijo que le dijeron los médicos. Y entonces me contó que un sábado a la mañana llegó a la clínica de Tandil para recibir los últimos cuidados y que, al contrario de todos los diagnósticos y pronósticos, para el sábado siguiente se sentía un poco mejor y el siguiente mejor todavía y un mes después ya organizaba obritas teatrales para distraer a los moribundos. El dolor fue desapareciendo y ese cuerpo, que se había convertido en un campo minado con la velocidad de una guerra destinada a perderse, también súbitamente quedó limpio. ¡Un milagro! Después de unas cuantas semanas en el campo (“aquello es tan inspirador…”, dijo), su madre fue a buscarlo y él volvió con ella para completar la recuperación en su casa: tendría por delante meses de estudios y análisis para confirmar la remisión pero ya estaba casi curado. Y una vez que se sintió lo suficientemente fuerte, lo primero que hizo fue llamarme.

—Vos sos mi mejor amigo, no, más que eso, vos sos mi vida.

Recuerdo esa noche entre sombras y niebla. Aturdido por la sorpresa y la emoción, le conté de mi mudanza y arreglamos el compromiso de una cena en mi nuevo departamento.

—Tenés que conocerlo.

—Claro, pero hoy no. Demasiadas emociones para una sola noche.

Estuvimos allí menos de una hora porque Javier no quería malgastar sus energías. Pagué, nos levantamos y nos fuimos. Como siempre, él caminó por Corrientes hacia Pueyrredón para tomar el tren y yo me quedé estático en la esquina, otra vez viéndolo alejarse pero ahora ya no como metáfora de su partida sino como confirmación de

su regreso. No llevaba el paraguas-bastón ni cojeaba aunque iba vestido de negro, con una chalina (¿la misma de siempre o una nueva?) que usaba como capa. En la dignidad de sus pasos firmes, al final noté algo distinto: Javier ya no imitaba al actor patizambo que da pie al capocómico ni era la imagen viva de Gardel o Muiño. A paso vivo, me recordó a Narciso Ibáñez Menta: el hombre que volvió de la muerte.

Una maestra de escritura dijo alguna vez que uno escribe algo porque espera controlarlo. Que uno escribe acerca de experiencias en parte para comprender qué significan y en parte para no olvidarlas con el tiempo. Ya dije que escribo porque tengo miedo de olvidar pero en eso mismo hay una trampa: el peligro de perder el recuerdo de lo vivido en el recuerdo de lo escrito, como las memorias de un viaje de alguien que solo recuerda lo que vio a través de su cámara de fotos. Al final, dijo la maestra, la escritura y la fotografía probablemente destruyen más del pasado de lo que sin duda lo conservan.

Hoy pienso en Javier y no puedo recordarlo sano. Sé que lo mismo les pasa a quienes perdieron a un ser querido después de una enfermedad dura y larga: solo pueden recordarlo en los momentos finales, postrado en la cama o sentado en la silla de ruedas, aunque la memoria haga un esfuerzo por devolver los retazos más vitales de unas vacaciones en la playa o una cena de Navidad. Más de veinte años después, el recuerdo automático que tengo de Javier es el de nuestro último paseo por la avenida Corrientes antes de su viaje a Tandil. Pero, ahora que lo pienso mejor, sí me acuerdo de algo patente de su regreso. Ya no era cómico. Su carácter parecía estar cruzado por una línea sombría que se esforzaba en disimular. Porque él también se daba cuenta de que no era como antes. En un descuido, uno lo miraba de reojo y lo veía rumiando, con las cejas fruncidas y la boca arrugada. Si observaba con atención, uno podía encontrarle una falla ligera, como la de una fotocopia que reproduce al infinito un manchón accidental o como el ojo mal pintado de una muñeca de plástico que salió virola. Y cuando descubría que era observado, apuraba una sonrisa maquinal que, más que sonrisa, era una mueca. ¿O este recuerdo que tengo también es falso?

No, es auténtico. Una noche de esas me encontré a cenar con Alexandre, un colega a quien había conocido en el viaje a Brasilia. Alexandre estaba de visita en Buenos Aires y me había traído de regalo varios discos de música popular brasileña, desde Caetano Veloso hasta Marisa Monte, y en retribución yo le compré algunos discos de tango, uno de Piazolla, otro de Pugliese y alguno más. A mitad de la cena me llamó Javier al teléfono celular, me preguntó qué estaba haciendo y, tras consultarlo con Alexandre, lo invité a sumarse.

Llegó diez minutos después. Agitado y tembloroso, nomás sentarse vio los discos de tango sobre la mesa.

—¿Y esto qué es? —preguntó.

—Unos discos que le regalé a Alexandre.

—Son una mierda. Este de Piazolla tiene un sonido pésimo y el de Pugliese está mal grabado. Antes de comprar un disco de tango me tenés que preguntar a mí. Vos no sabés nada.

Alexandre y yo nos quedamos callados. Javier se levantó y dijo que tenía que ir al baño. Volvió unos minutos después, con una sonrisa moldeada frente al espejo y un montón de chistes viejos.

Cansado del viaje hasta su casa de provincia, Javier empezó a quedarse cada vez más en mi departamento. Con esa facilidad que tienen las rutinas para reinstalarse aun después de interrumpidas, volvimos a comer empanadas de jamón y queso y a tomar Coca-Cola y ya en la madrugada el ritual también se repetía: él amagaba con irse y yo le decía que no, que era muy tarde, que no debía viajar en tren a esas horas, que podía quedarse en el futón de abajo mientras yo dormía arriba. Y como en esas comedias de situación donde el pie y el remate son los mismos con algunas variaciones, él se resistía un poco y al final decía que bueno, que sí, que se quedaba, pero que veamos una película más porque se le había ido el sueño. Según el ánimo de la noche mirábamos de nuevo *La guerra gaucha* o *Mi bella dama* o *Los martes, orquídeas* o mi preferida, *Vértigo*, entonces sin advertir la ironía del título de la novela en que estaba basada la película, *De entre los muertos*.

También volvimos al teatro. En los años que duró nuestra amistad nunca fuimos a ver una obra independiente o un clásico, siempre: comedias musicales de la avenida Corrientes, las preferidas de Javier. Vimos una versión hispanizada de *Mi bella dama*, con el profesor Higgins enseñándole a la alumna a pronunciar en correcto castellano, o *El violinista en el tejado*, larga, pomposa y aburrida. Pero eso fue antes de su partida. Después de su regreso vimos una comedia musical en el teatro Lola Membrives, cuyo título no recuerdo, que trataba de una vieja diva del espectáculo de los años treinta y del hombre que se travestía para imitarla y que de tanto copiarla se convertía en su mejor amigo. La obra era un mamotreto que, de tan mala, al final tenía su encanto. Lo mejor era el viejo que imitaba a la diva, interpretado por Jorge Luz, un cómico ya veterano que se había vuelto muy popular imitando a mujeres de barrio o a reinas de la canción, un pionero del transformismo sudamericano, un actor adorado por el público, tanto como su hermana Aída, también actriz. Jorge desplegaba en el escenario una hermosa mariconería decadentista, con

un vestido rojo de escote cavado, una toca de plumas y un manchón de pintalabios.

Nuestro pequeño ritual era invariable. Javier me llamaba al diario o al celular, me citaba en la puerta de algún teatro, yo llegaba primero y unos minutos después de la hora convenida caía él con su ajuar de paraguas y chalina, me saludaba rápido, cómo estás vida mía, se me hizo tarde, llegamos justo, esperame acá, y trotaba con pasitos cortos hasta la boletería, donde pedía el sobre con dos entradas de cortesía (cómo las conseguía, me preguntaba entonces, pero él tenía una red aceitada de contactos entre boleteros, acomodadores y golosineros que siempre le debían favores). Después de la función yo esperaba en la calle mientras él se escurría en los camarines para felicitar a los actores y cuando salía íbamos a comer a los mismos restaurantes donde cenaban los artistas y era muy común que la comida empezara en una mesa de dos y que para los postres ya nos hubiéramos mudado a un mesón más grande, con seis u ocho actores o bailarines. Recién ahora caigo: en esas incursiones furtivas a los camarines, Javier conseguía la información que buscaba, adónde irían a comer esa noche, aunque era inevitable que, una vez en el restaurante, súbitamente mirara hacia otra mesa y gritara Jorge, o Aída o Enrique o Beatriz, ¡qué coincidencia!

A la salida de esa obra lo esperé como siempre en la puerta del teatro. Al rato salió solo, vino hasta donde estaba parado y me dio un beso en cada mejilla.

—Chaucito, vida mía, hoy te dejo. Me voy a comer con Jorge.

El viejo era un encanto. Tenía cerca de 80 y su hermana era un poco mayor. Digo esto, la edad, para dejar en evidencia la audacia de su transformismo pionero: mientras los muchachos de antes solo usaban gomina, él se encasquetaba pelucas enruladas, vestidos ajustados, tacos aguja y podía actuar de bataclana o de señora. En sesenta años de carrera artística y vida pública, nunca se lo escuchó hablar de su sexualidad: no hizo falta. Era de esos artistas que le habían ganado de mano a Clinton, el presidente yanqui, y su política de discreción, o más bien secretismo, sexual ("no preguntes, no digas") y que hacían propia la respuesta del divo Juan Gabriel cada vez que le preguntaban por lo mismo: "Lo que se ve no se pregunta".

Su hermana también era comediante, pero más refinada. Ella no salía a la calle sin su perrito de raza yorkshire, una cosita peluda llamada Emily que entraba en una cartera, y que fue bautizada así en homenaje a la autora de *Cumbres borrascosas*, un peinado espumoso de color rosa algodón de azúcar, ese tono indefinible que adquiere el pelo cuando se abusa del matizador, y unos trajes elegantes de falda y blusa de seda. Gloria de la picaresca nacional, nunca llegó a ser una

estrella como Mirtha Legrand o Zully Moreno pero siempre brilló en el cine, la televisión o el teatro, donde se le reservaron los papeles de antiheroína prudente o tía de confianza. Lo que en el hermano era grueso, en ella era fino.

Cómplices en el espectáculo y en la vida, eran de esos hermanos que conservan una relación simbiótica hasta en la senectud: no empezaban el día sin hablarse por teléfono para preguntarse por el catarro de Emily o la comida de esa noche. En sus años de gloria mayor, ella había vivido en el microcentro, pero entonces no estaba tranquila por la cantidad de personas que la reconocían y le pedían un autógrafo, y desde hacía añares vivía en un piso de Palermo Chico. Jorge, que andaba con guayaberas de estilo cubano y boinas afrancesadas, íntegramente vestido de blanco incluso en invierno, nunca había abandonado la casa familiar del Bajo Belgrano, una de esas con zaguán y patio, donde vivía solo aunque le sobraban ambientes. Para Aída era una alegría. Cada vez que iba a visitarlo, y eso sucedía casi todos los días, ella decía: "Voy a lo de mamá".

Javier y Jorge empezaron a pasar cada vez más tiempo juntos. Iban al cine, al teatro, a comer. Javier tenía con él esa asistencia solícita del fan con el ídolo, pero se hablaban de igual a igual: cada vez que Jorge recordaba, pongámosle, alguna película de los estudios Lumitón, Javier enumeraba el elenco completo y hasta contaba anécdotas de la filmación que el viejo ni recordaba.

—Pero, nene, ¿vos estuviste ahí? —desconfiaba, maravillado y aturdido por la precisión del chimento o el datito.

Por ese entonces descubrí que los grandes artistas necesitan tener un ángel. Dotados para las cosas extraordinarias de la vida, como tentar de risa a centenares de personas a través de una pantalla o enamorar a muchos más con una canción de amor, son impotentes para las cosas comunes: necesitan que alguien les consiga un taxi o les lleve las cuentas (es increíble la cantidad de artistas que deben meses de luz o que nunca pagan el agua: creen que los servicios les son dados por mérito, como los aplausos). En los festivales de cine o teatro se les llama así, "ángeles", a los jóvenes voluntarios que acompañan a los invitados extranjeros durante día y noche para resolver los pequeños entuertos de la vida cotidiana en una ciudad desconocida. Javier se convirtió en el ángel de los hermanos. Ahí estaba para correr hasta la farmacia por si hacía falta un remedio o para llevar a Emily al veterinario a tratar su tos perruna.

Resulta que Aída actuaba en un programa de canal 9, donde todos los decorados que simulaban el interior de una casa importante tenían escalera (con la sugerencia de pisos superiores fuera del alcance de la cámara, la escalera denotaba amplitud y lujo). Una tarde, después de

grabar sus escenas, tropezó con el canto mal lijado de uno de esos escalones de utilería, cayó al piso y se fracturó la pelvis. Fueron treinta y cinco días de reposo y angustia porque los huesos quebradizos son taimados con los mayores. Como ella no podía moverse de la cama, Jorge y Javier se mudaron a su casa, el departamento con muebles de estilo francés y fotos en blanco y negro enmarcadas en cuadritos de plata, esos retratos impresos en papel satinado que los estudios de cine enviaban a las revistas o a los fans con una firma autografiada. No vi a Javier durante todos los días en los que vivieron juntos los tres esa cuarentena indulgente, con meriendas de mates y tortitas negras y trasnoches de películas clásicas del cine nacional con whiskys dobles o triples, y en la que él no se movió de su lado. Javier contó después que se rieron mucho, porque los dos hermanos tenían el chiste en la punta de la lengua, y que lloraron mucho también, porque tuvieron miedo por ella.

—Vos callate, no hables ni digas nada —me dijo la tarde en que nos reencontramos a tomar un café en un bar de Santa Fe y Riobamba para celebrar que Aída se había curado y que él había vuelto a su casa. Sacó su teléfono celular con antenita, marcó un número, esperó y cuando atendieron Javier habló con una voz falsa pero aun así conocida, la de una antigua gloria de la comedia nacional, un pionero del transformismo sudamericano. Dictó el número de una Libreta de Enrolamiento, escuchó y anotó una fecha, una hora y una dirección en una servilleta de papel.

Cuando cortó, se guardó la servilleta en un bolsillo del saco y siguió tomando su café con leche muy orondo, como si nada. Mi cara de desconcierto lo obligó a dar una explicación: el viejo le había pedido que se haga pasar por él para cobrarle la jubilación.

James Joyce escribió en *Ulises*, la novela que estoy leyendo cuando empiezo a contar esta historia: “Y al fin y al cabo las mentiras que cuenta un hombre sobre sí mismo probablemente no tendrían punto de comparación con las que otros tipos inventan sobre él”.

—¡AHHH! ¡AHHH! ¡AAAHHH!

En la mitad de la madrugada los gritos se me colaron con los sueños. Entre tinieblas, amagué a pensar que eran parte de la banda de sonido hiperrealista de una fantasía húmeda, pero ahí mismo desconfié: aunque tengo sueños en Technicolor, superproducciones casi cinematográficas de imágenes brillantes donde mi vieja adopta un tigre de mascota o una araña gigante habla para darme consejos, esos sueños casi nunca incluyen sonido, son sueños de un cine mudo pero con efectos especiales por computadora. Esos gritos sonaban muy

reales y entonces me desperté del todo: con la reverberancia estática de la calma chicha que antecede y sucede al huracán, el silencio de la madrugada era más notorio, casi ominoso, después de los gritos. Unos segundos de suspenso, y entonces: otra vez. Tres alaridos guturales que rompieron el mutismo de la madrugada y que de noche, cuando todos los gatos son pardos, según el refrán, se confundían con la expresión natural del éxtasis y del horror. ¿Estaban cogiendo o se estaban matando?

Había una persona abajo.

La escalerita angosta de la parte del entrepiso donde estaba mi dormitorio era traicionera para el apuro. Traté de embocar un pie en un escalón, y otro en otro, pero no siempre lo logré: casi a oscuras, y con la torpeza derivada de la urgencia y el julepe, bajé la escalera suspendido en el aire como si hiciera culopatín en las rampas del Planetario, adonde me llevaba mi viejo con una botella de plástico achatada convertida en barrenadora del cemento para pasar las tardes de domingo sin presupuesto para el zoológico.

—¡AHHH! ¡Te voy a matar!

Había más de una persona abajo.

No estaban cogiendo.

Pisé el suelo de madera de la cocina y manoteé el interruptor de la luz. Crucé la puerta de cristal cincelado que dividía el comedor diario del living y, con el reflejo que llegaba desde la cocina y el corazón al galope, pude ver a dos tipos corriendo alrededor de la mesa ratona, mejor dicho: uno persiguiendo a otro. El perseguido era un chaparrito moreno de no más de metro sesenta, un petiso ágil como Speedy González que no se dejaba atrapar; el perseguidor era un tipo alto y desgarbado vestido de negro.

—¡Vení, te voy a matar! —gritó Javier y el aire empezó a faltarle.

—¡AHHH! —respondió el petiso y el aullido acompañó el saltito que lo impulsó a subirse a la mesa ratona y, ayudado entonces por una altura más pareja, agarró a Javier del cuello como para acogotarlo. —¡Yo te voy a matar a vos!

Forcejearon un poco y antes de que yo amagara a intervenir para separarlos, congelado como estaba por la sorpresa y el cagazo, el petiso saltó de la mesa con la agilidad de una liebre, agarró las zapatillas que estaban tiradas a un costado del futón y salió corriendo así, descalzo y con las zapatillas en la mano, como en esos chistes de amantes sorprendidos en la oscuridad de un ropero, hasta la puerta de entrada que estaba sin llave. Lo escuché bajar las escaleras y dar el portazo de la puerta de calle, que se abría desde adentro y nunca estaba trabada.

—¡Qué carajo pasó! —grité y mi frase fue menos una pregunta que un reproche.

Javier, vencido a pesar de su altura y su porte de actor de cine, se sentó en el futón con las piernas abiertas y se tomó la cabeza con las manos. El jopo cayó vencido sobre la frente, tapándole media cara.

Que qué carajo pasó, yo, y él: nada.

—¡Qué carajo pasó!

—¡Nada! ¡Nada! Bueno, te lo puedo explicar…

—¿Qué pasó?

—Ese chico, mmm, ese chico que viste recién es un chico que conocí por la línea. Vos dormías arriba y yo me sentía solo acá abajo así que llamé, charlamos un rato y lo invité a venir, pero tuvimos algunas diferencias y una pequeña discusión, nada más.

—¿Vos metiste a un desconocido en mi casa en plena madrugada? ¡Dios mío, podría haberme robado mientras dormía! ¡O algo peor!

Y él que no, que no, que no. Que todo estaba controlado (no parecía). Javier estaba abochornado y distante, pero incluso así digno como un personaje de reparto al que se descubre en una falta grave, sí, pero no irreparable (visto a la distancia, Javier parecía menos avergonzado por el escándalo que por el hecho inocultable de que el petiso era incogible).

Yo estaba aterrado, primero, y después, furioso. Con un ejercicio de autocontrol en la voz temblorosa, le pregunté si era la primera vez que llevaba tipos a mi casa en las madrugadas en que se quedaba en el futón para evitarse el viaje eterno hasta provincia. Pero no logré que me responda. Un hilo frío me corrió desde la nuca hasta la cintura. ¿Cuántos desconocidos habían estado retozando en mi departamento sin que siquiera yo lo imaginara, cuántas veces podrían haberme matado mientras dormía? Y en tal caso, ¿me habría despertado?

Aun con la culpa de echar a un amigo en plena madrugada, le pedí a Javier que se fuera. Sobreactuando un ataque de dignidad regia (era un actor de trazo grueso), se paró del futón, se acomodó el pelo, guardó en el maletín de cuero negro las cosas que tenía desparramadas, se puso el saco y la chalina y alisándose el jopo me dijo con altivez:

—No me acompañes.

A la mañana siguiente descubrí, después de dar vuelta cien veces la mesa ratona, que otra vez faltaba la quincena completa que yo guardaba desde siempre en el cajoncito de las llaves.

¿Será cierto, como dijo un escritor que adoro, que al final somos lo que fingimos ser?

Javier desapareció por un tiempo. Nacido y criado en la cultura de la culpa impenitente, el avergonzado era yo: me desvelaba haber maltratado a un amigo y me flagelaba con la posibilidad maldita del

juicio falso. ¿Y si el petiso me había robado la plata de la quincena? Uno de los temas favoritos de Hitchcock era el culpable inocente, o el hombre común sometido a la experiencia insoportable de la acusación ante la cual no puede demostrar su inocencia. Hitchcock, como yo, le tenía miedo a los ladrones, pero pánico a la Policía.

Como en esas películas de jurados donde la fiscalía y la defensa exponen sus argumentos, yo hacía juicios mentales en una conversación cerebral ensordecedora. El principal sospechoso del hurto era el desconocido de la madrugada pero enjuiciaba a Javier.

—¿Cómo iba a saber el petiso dónde guardaba yo mi fajito? —me preguntaba a mí mismo en el papel de fiscal.

—¿Cómo va a dudar de un amigo tan cercano? —me respondía como defensor.

En mi imaginación, el acusado era Javier y aunque todas las evidencias estuvieran en su contra la culpa original era mía: ya me habían robado plata de esa mesita y, con la despreocupación de la confianza o la indolencia, seguí guardándola en el mismo lugar.

La desaparición de Javier tampoco era prueba de su culpabilidad: podría estar justamente ofendido por una sospecha infundada aunque yo no había llegado a preguntarle por el dinero porque había descubierto el hurto más tarde. ¿Dejó de verme porque tenía cola de paja? Como fuere, yo quería hablar con él. Me cansé de llamarlo al celular pero la grabación repetía "el número ya no corresponde a un abonado en servicio". Varias noches a la salida del diario pasé por la puerta de los teatros y me asomé contra el vidrio de los restaurantes pero no lo encontré. Por esos días murió un actor de telenovelas muy dotado para la villanía, el más bueno de todos los malos: puntilloso asistente a los velorios, convencido de que pronto quedaría sin amigos, Javier no faltaba a ningún oficio de despedida. Fui hasta una funeraria de la avenida Córdoba pero no lo vi entre el gentío y al día siguiente grabé del noticiero, para poder pausar las imágenes, el entierro concurrido en el Panteón de Actores del cementerio de la Chacarita donde pude ver a Mary, la señora de los velorios, asistente infaltable de los sepelios de famosos y accidentados, pero ni un pelo de Javier.

Unos días antes había llamado a su casa, había conversado con Graciela, su madre, y cuando le pregunté por el hijo ella me había respondido:

—Hace meses que Javier ya no vive acá.

¿Dónde estaba? La madre no tenía idea, o por lo menos eso me dijo, y yo tampoco. Pero el pequeño misterio empezó a resolverse cuando un amigo, enterado de mi búsqueda, me llamó una mañana y me dijo que compre tal diario y lea una entrevista a una vieja actriz recién recuperada de una fractura de pelvis.

“Parece un pájaro esta mujer diminuta, un pajarito de huesos frágiles posado en el brazo de un hombre que le lleva por lo menos medio metro y la espera mientras ella avanza entre los cables buscando un espacio en blanco donde pisar sin tropezarse; no sería sorprendente que levantara vuelo, ese medio parece propio para ella. O que su joven amigo la levantara en brazos, de hecho es lo que desearía ese hombre de negro, especialista en cine argentino y orgulloso de su amistad…”, dice la periodista enviada por el diario a escribir sobre la fiesta sorpresa de cumpleaños que le organizaron a la actriz en un canal de televisión: “Él está allí para hacerle la vida más fácil y entonces recoge los ramos de flores, busca la mejor silla para ella en la cabecera de la mesa y la deja disfrutar del festejo huyendo hacia bambalinas”. Entre anécdotas y confesiones, la nota sigue: “En cuanto puede vuelve con su joven amigo para el camarín que la producción le ha montado justo al lado del estudio, para evitarle las escaleras…”.

Ese hombre de negro podía ser inequívocamente uno solo. Ya sabía cómo encontrarlo.

Al mediodía siguiente fui hasta la esquina de ese departamento de Palermo Chico que yo conocía por afuera porque una vez había alcanzado a Javier en taxi. Me asomé con discreción al palier espejado donde un encargado pasaba el trapo, di un par de vueltas a la manzana para no levantar sospechas y me paré en la esquina. Puede que ahora suene detectivesco pero no fue tanto aunque para ahuyentar mi temor de ser descubierto como espía tenía a mano la credencial de periodista del diario, una que está fechada hace veinticinco años y que uso todavía (está firmada por un jefe de personal que fue despedido hace veinte, cuando se descubrió que había amasado una pequeña fortuna con las diferencias que sacaba en los remises para las notas). Hice tiempo en la esquina con la curiosidad falsa de un inspector de buzones y al rato vi algo de movimiento: una señora sacó a pasear a un caniche, llegó el pedido de un supermercado, no pasó nada, un cartero repartió las revistas del videocable y tras algunos minutos de inactividad la puerta de vidrio volvió a abrirse. De adentro salió un talentoso señor Ripley con anteojos de sol, una guayabera de estilo cubano, una boina afrancesada y un chal que le tapaba la mitad inferior de su cara, todo él íntegramente vestido de blanco. Cualquier espectador indolente, aunque no un fan devoto como Mary la señora de los velorios, podría haber confundido al joven con el viejo y correr para pedirle un autógrafo o una foto, pero yo conocía bien el andar de esos pasos siempre fatigados.

—¿Qué hacés acá? —me dijo Javier después de que le toqué el

hombro, se dio vuelta y me miró fijo. Enseguida recuperó la compostura—. Ay, nene, ¡qué susto me diste!

—Vine a verte, hace tiempo que te estoy buscando por todas partes. ¿Dónde estás viviendo?

—En casa de unos amigos.

“Unos amigos”, me dijo, como si yo y medio país no los conociéramos.

También me explicó que ellos lo necesitaban porque eran mayores y que no estaba en sus planes (los de él) quedarse ahí tanto tiempo y que por eso se le acabó la ropa limpia y tuvo que pedir prestada al viejo, no somos del mismo talle, reconoció, pero la vieja le hizo algunos ajustes. Que dio de baja su teléfono celular porque le prestó uno el viejo, que tenía dos, que después me daría el número, que estaba muy ocupado ayudándolos con los trámites, el cobro de la jubilación y la recaudación de una pequeña renta, y sin tiempo para teatros o restaurantes, que todo eso quedó atrás porque debía ocuparse de lo verdaderamente importante, el cuidado de los viejos.

Escuché la explicación atolondrada con la atención dispersa del actor inexperto que está pensando qué decir a continuación y entonces, siempre yo dotado para la palabra justa pero cagón para llamar las cosas por su nombre, no me animé a conjugar el verbo robar y le dije:

—¿Vos agarraste la plata que tenía en el cajón de la mesita ratona?

Tantos años después recuerdo patente, como decía mi abuelo, una de las mejores actuaciones de Javier. Fue un ejercicio dramático acelerado como el de un profesor de teatro que pide al discípulo que practique un repertorio de emociones frente al espejo: empezó con la sorpresa, siguió con la indignación, continuó con la resignación y terminó con la frustración del hombre bueno defraudado, un Sandrini vencido como cualquier profesor hippie que descubre la traición de un alumno al que había llegado a querer como a un hijo.

Algo más de Joyce, en *Ulises*: “La vida estaba llena de una infinidad de cosas y coincidencias de una naturaleza terrible y estaba dentro de los límites de la posibilidad que no fuera una total fabricación, aunque a primera vista no había gran probabilidad en que todas las patrañas fueran estrictamente la pura verdad”.

Javier negó todo. Fueron días extraños esos, los días previos a su segunda muerte.

No lo vi más. Es un momento difícil este, en el que los recuerdos se disuelven en un fundido a negro, y las convenciones de la escritura me obligan a un final redondo. ¿O no? Probablemente no. La vida y sus

recuerdos, esos pequeños fragmentos de evocaciones personales que no vale la pena que nadie memorice ni que formen parte de la Historia ni que pn en anuarios o estadísticas, nunca tiene un final como el de las novelas de suspenso. Aquí no hubo mayordomos culpables de un asesinato ni miembros de un club de la pelea que solo existe en la imaginación. Esa nebulosa, y escribo esto en una rarísima mañana de invierno en que una niebla londinense impide ver por la ventana los edificios de enfrente, me confunde. ¿No lo vi más?

No. Seguro que no. Aquel último mediodía terminé triste, atormentado por la idea de haber provocado a otra persona (peor, ¡a un amigo íntimo!) lo que yo temía tanto: haber convertido a Javier en un falso culpable. Los días pasaron, y después pasaron las semanas, y Javier no cumplió su promesa de darme el número de su teléfono nuevo ni hubo entonces llamados para invitarme al teatro o a comer afuera. Yo seguí con mi vida. Y aunque todas las noches revisaba el contestador automático no más llegar del diario a casa, ese mensaje que esperaba no estaba grabado. Algunas noches de entre semana, las que le gustaban a él porque eran las noches en las que salía el público auténticamente teatrero y no los turistas o los fans, caminé por la avenida Corrientes desde Callao hasta Esmeralda, y en cada puerta de teatro o de restaurante que se abría, yo me decía, para darme ánimo o forzar lo inexorable de un deseo: sale el espectro. Pero no. Solo me crucé con algunos conocidos de los dos, un bailarín de ensamble o un boletero chismoso, y aunque ninguno me supo decir por dónde andaba Javier, al que no veían hacía rato, sí me contaron cosas incomprobables que se decían por ahí: que había tenido una pelea con un actor mayor por un supuesto fraude descubierto en la sucesión de un departamento o que estaba metido en un lío tremendo con el padre de un chico de catorce años al que había conocido a través de la línea de contactos.

La avenida Corrientes volvió a ser gris y oscura como en las noches de su primera muerte. Y asumo que cualquiera podría pensar con justicia en mi narcisismo monumental al hablar de segunda muerte por el hecho de que haya dejado de hablarme, pero así lo sentí la noche en que volví del diario a mi casa y por fin escuché en el contestador automático el mensaje que estaba esperando, uno que empezaba con las palabras “distinguidísimo muchacho” y que después de una cháchara breve pero algo incoherente finalmente decía:

—Tengo que desaparecer por un tiempo.

No solo no lo vi más. Nunca supe nada de él. Aunque pasaron los años y hubo temporadas enteras en que ni pensé en Javier (semanas, ¿meses?), otras veces lo extrañé muchísimo y llegué a recordarlo casi todos los días. Formado en la cultura del secreto y el misterio, pensé

en contratar a un detective (mi psicoanalista me lo prohibió), o hacer yo mismo el curso de investigador privado por correo como el que se promocionaba en la contratapa de las revistas de Patoruzú o Isidoro que leía de chico, y si nunca tuve problemas para conciliar el sueño debo reconocer que algunas noches me desvelé pensando qué habría sido de su vida. Ni Google ni las redes sociales ni el padrón electoral me dieron ninguna respuesta: ni su apellido artístico ni su nombre real, si el que yo conocía era su nombre real porque nunca tuve una fotocopia de su documento, dan resultados en las búsquedas. Tampoco está anotado en la agencia de impuestos ni hay ninguna obra teatral registrada a su nombre en la asociación de autores ni quedan pagos pendientes en los sindicatos de actores, de figurantes o de trabajadores del espectáculo. Nunca lo vi en teatro ni en televisión, ni siquiera en los avisos comerciales o en los paneles de los programas vespertinos a los que a veces iba a hacer de público para ganar unos pesos. Tuve épocas de verdadera fijación por encontrarlo y mientras convertía en duda existencial, con el simple agregado de los signos de pregunta, la sentencia que en Google es afirmativa ("¿voy a tener suerte?"), lo seguí buscando por un tiempo y después, simplemente, dejé de buscar.

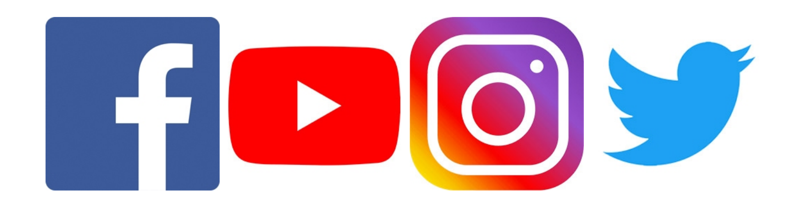
Pero me quedó la idea de que en algún momento y de un modo errático, cómico o misterioso, como era él, intentará hacer contacto. Varias veces en mi antiguo departamento el teléfono fijo sonó en medio de la madrugada y al atender creí reconocer en el compás de los gemidos un código Morse que trasmitía un mensaje secreto; otra vez, en el diario, me pareció reconocer la letra apretada de una carta sin firma que acompañaba un regalo anónimo que llegó por correo: un disco con los mejores tangos de Osvaldo Pugliese y su orquesta típica. Pero nunca estuve más cerca ni tan lejos de encontrarlo como esa tarde en que fui solo al cine Metro de la avenida 9 de Julio para ver una película rusa rodada en un plano secuencia. En la sala éramos unas diez personas, yo siempre sentado junto al pasillo lateral porque el centro de la fila me da claustrofobia. La cámara avanzaba por los pasillos ornamentados del Museo Hermitage y a mí, pero a otros espectadores me pareció que también, me provocaba vértigo. Unas butacas más adelante, también junto al pasillo, la nuca de un hombre alto terminaba en una coleta larga, lacia y negra atada con una gomita: me llamó la atención porque sacudía el brazo derecho como si tuviera una batuta epiléptica pero no iba al ritmo de la música clásica de la banda sonora sino que se retorcía como si bailara una copla española. Cuando terminó la película y se encendieron las luces, me quedé sentado unos segundos, transpirado y anhelante, pero él no se movió, siguió mirando fijo a la pantalla oscura, y yo no pude aguantar los nervios. Me levanté y me fui apurado, llevándome el recuerdo de esa nuca y dejando en la sala vacía al hombre de la coleta, que no se

dio vuelta ni se levantó de su asiento.

Estaba todo de negro.



¡Seguinos!







Miss Merkel. El caso de la canciller jubilada (Ed. Argentina)

Safier, David
9786316508010
344 Páginas

Dirigió Alemania con mano firme. Ahora no le temblará el pulso para resolver un caso de asesinato. Tras retirarse, Angela Merkel se muda con su esposo, su guardaespaldas y su encantador perrito Putin a la Alemania rural. Acostumbrada a una vida agitada, enfrentada a duros líderes mundiales, situaciones límite y unos tres mil banquetes de

Estado, ahora no consigue relajarse en el campo. Así que cuando un noble de la zona aparece muerto, una chispa se enciende en Angela: por fin un problema que resolver. Merkel se convierte en una Miss Marple de nuestro tiempo en este homenaje a Agatha Christie tan divertido como entrañable. Mientras nos involucra en la resolución de un intrigante crimen, nos deleita, de paso, con las delirantes anécdotas de su carrera política, del aftershave con olor a desinfectante del papa Benedicto a los pegajosos besos de Berlusconi. Safier, responsable de «un tsunami de carcajadas en toda Europa» (20 Minutos), sorprende por su tremenda libertad creativa y su capacidad para vincular con gran acierto la ficción con la actualidad, desde la transición energética o la inmigración hasta los comportamientos machistas que, aún hoy, toda una canciller tiene que ver y condenar a su alrededor.



Hijo de un bastardo (Ed. Argentina)

Chalandon, Sorj
9786316508829
352 Páginas

Una novela que explora de forma soberbia el mal, la traición y la locura. Finalista del Premio Goncourt. Mientras cubre como periodista el juicio del criminal nazi Klaus Barbie en Lyon, el narrador de esta novela se ve envuelto en una dramática investigación personal durante la que descubre el oscuro pasado de su padre en la Segunda Guerra Mundial: un hombre manipulador y sin escrúpulos, un

auténtico bastardo capaz de vestir desde el uniforme de la Resistencia hasta el nazi, de desertar de cuatro ejércitos diferentes y de engañar a todo el mundo, incluso a sus seres queridos. De una intensidad desgarradora, Hijo de un bastardo narra el combate cuerpo a cuerpo de un hijo para liberarse de un padre que no dudó en traicionar a su patria, a su familia y hasta a sí mismo. Pero mientras explora de forma soberbia las distintas caras del mal, una pregunta incómoda emerge: ¿se puede obviar el historial psicótico de alguien al tratar de explicar su comportamiento? Prestigioso corresponsal y periodista, Sorj Chalandon tiene además una sólida y exitosa trayectoria literaria con galardones como el Médicis o el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa. Con esta obra «brillante, dolorosa y monstruosa» (Bernard Pivot, Le Journal du Dimanche) fue finalista del Premio Goncourt y permaneció durante meses en todas las listas de los libros más vendidos en Francia.

Seix Barral Biblioteca Ernesto Sabato

Ernesto Sabato

Sobre héroes y tumbas

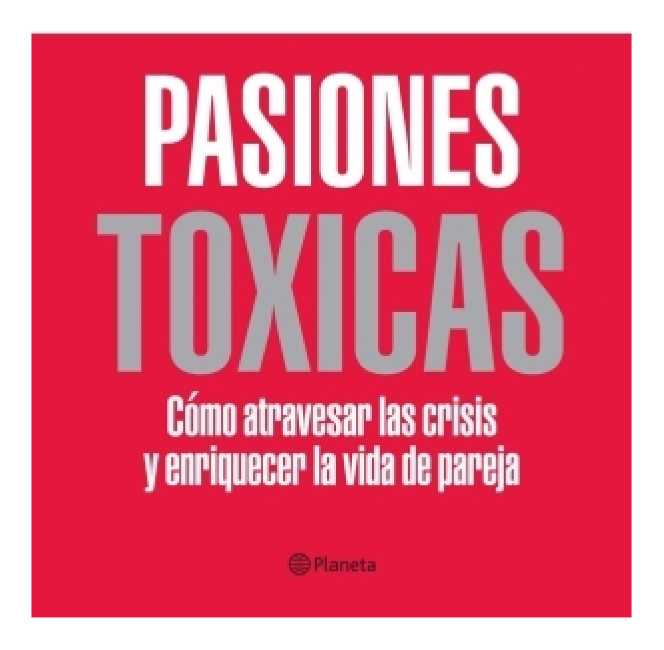


Sobre héroes y tumbas

Sabato, Ernesto
9789500433709
600 Páginas

Considerada la mejor novela argentina del siglo XX, Sobre héroes y tumbas, publicada en 1961, consagró a Ernesto Sabato como escritor universal. En sus páginas indagó las verdades últimas que hay en el subsuelo del hombre; tradujo sus obsesiones más autobiográficas a las reflexiones sobre la historia nacional y profundizó la investigación de la relación entre la conciencia y el mundo exterior al sujeto. La novela muestra a los últimos representantes de una familia oligárquica venida a menos, en la que se intercala la trágica historia de los seguidores del general Lavalle que una vez derrotados llevaron el cuerpo muerto de su jefe al exilio. Por un lado, Martín y Alejandra, que

viven una relación tortuosa y atormentada, incapaces de escapar a un turbio destino: la predisposición genética de la familia de ella a la locura. Por otro, la historia de un incesto brutal y la asfixiante atmósfera en la que se debaten sus protagonistas. Pero esta novela narra mucho más: Sobre héroes y tumbas cuenta la invención de una trama siniestra protagonizada por una apócrifa organización de ciegos y, además, la necesaria decisión de huir a la Patagonia en busca de un renacimiento vital, de una nueva oportunidad.



Pasiones tóxicas

Stamateas, Bernardo
9789504925828
179 Páginas

Por eso, en este libro analizaremos las "pasiones" más frecuentes de las parejas: • Las pasiones del engaño y la infidelidad. • Las pasiones de la posesividad. • Las pasiones del estancamiento. • Las pasiones de la competitividad. • Las pasiones de la descalificación. La idea de Pasiones tóxicas es dar herramientas para repensar y activar los recursos que ya están adentro nuestro. Y es así como el licenciado Bernardo Stamateas echa abajo varios mitos que responden a idealizaciones románticas de la pareja, restituyendo ideas y conceptos más humanos: "el conflicto y el enojo son normales", "en una pareja

nadie tiene la razón", "estar casado es normal y estar soltero también es normal", "la pareja es una lucha diaria", y muchos otros que el lector irá encontrando a lo largo de este libro vital para todo aquel que decida apostar al desafío que significa encarar la vida de a dos en un mundo cada vez más complejo. "La pareja es una institución en crisis. Hace 35 años que vivo en una y 30 que me dedico a tratar de ayudarlas. De estas experiencias sé que la construcción de una relación así es un gran desafío, y como dice el licenciado Stamateas en su obra: 'Fortalecer el amor en estos tiempos se ha vuelto desafiante'. Estoy seguro de que más de un lector se verá reflejado en las ideas de este libro y de esta forma, tal vez, se pueda sentir ayudado en ese desafío." Del prólogo del profesor Dr. Omar Biscotti, director del Instituto Sistémico de Buenos Aires



Martín Sivak

El salto de papá



El salto de papá

Sivak, Martín Ernesto
9789507319303
312 Páginas

El 5 de diciembre de 1990 un grupo de obreros que levantaba un hotel en el centro de Buenos Aires vio cómo Jorge Sivak se lanzó al vacío sin darles tiempo a impedirlo. Era comunista y también banquero, y ese día se había decretado la quiebra de su empresa. Del duelo que demoró un cuarto de siglo emerge esta historia única y universal de un padre y un hijo. Martín Sivak, que en el momento del suicidio tenía

quince años, reconstruye una vida que brilló y se extinguió ante sus ojos. Jorge había sido dirigente estudiantil, guerrillero urbano, abogado defensor de presos políticos, y él mismo preso político y exiliado. Pero nunca abandonó la empresa familiar, un pequeño imperio creado gracias a la habilidad mercantil de su padre y a los fondos secretos del Partido Comunista. Quedó a cargo —sin don para los negocios— cuando su hermano mayor fue asesinado en el secuestro más sonado de la década de 1980: el Caso Sivak. El autor compartió con su padre el entusiasmo de emprendimientos comerciales absurdos, las aventuras políticas más delirantes y el fervor por Independiente. Con honestidad descarnada busca en la memoria, conversa con los personajes prodigiosos que trataron a su familia, revisa fotos y expedientes judiciales y escucha su voz en viejas grabaciones para salvar del naufragio de la memoria las preguntas que quedaron sin respuesta, preservadas tercamente por el amor.